



# pago bien por rubia platino

KEITH LUGER





COLECCION

# PUNTO ROJO

PUNTO  
ROJO







KEITH LUGER

## **PAGO BIEN POR RUBIA PLATINO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 763  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 40.108 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: noviembre, 1976

© Keith Luger - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1383. la historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.371 — Un muerto de mucha clase.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

761 — Recuérdame y muere.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

918 — Tres hombres sin piedad.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

362 — El estafador.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.



## CAPÍTULO PRIMERO

Joan Mathison había terminado de cenar.

No pudo esperar a su patrón, Orson Travis, más conocido por el Mago Cagliostro. Había tenido un buen motivo para ello. Hambre.

La verdad era que aquellos tres primeros días en Londres habían sido decepcionantes para ella.

Orson Travis, el Mago Cagliostro, le había prometido una *suite* en el Savoy. Pero Joan se había tenido que conformar con una modesta habitación de un hotel de tercera categoría, el Maracaibo, en el Soho.

Travis le había hablado de que ambos actuarían en el mejor teatro londinense.

También resultó falso.

El Mago Cagliostro y su médium, *lady* Godiva, que así había bautizado el propio Travis a Joan, estaban actuando en un *music-hall* llamado La Serpiente Emplumada, que se ubicaba en un infecto callejón.

Joan empezaba a lamentar haber aceptado ser la ayudante de Travis, pero el caso era que el Mago había empleado sus palabras más persuasivas cuando la conoció en aquella cafetería de Nueva York, donde Joan prestaba sus servicios como camarera.

Travis había dicho:

—¿Cómo una joya como usted puede estar en un lodazal como éste?

Y ahora resultaba que el verdadero lodazal lo había encontrado en Londres.

Claro que Travis le había dado sus explicaciones.

Existía una pequeña confusión por parte del empresario, confusión que en unos días sería resuelta.

Por ello estaban actuando en La Serpiente Emplumada. Pero muy pronto pasarían a un teatro donde cualquier noche asistirían a

la representación, desde un palco, miembros de la familia real.

Joan había soñado dos noches con ser presentada a la princesa Margarita, y a la reina Isabel, una por noche.

Y ahora, terminados los postres, Travis no había aparecido.

Se les iba a hacer tarde para la función.

El camarero que la había servido se acercó a la joven.

—Una carta para usted, señorita.

—¿Para mí? —repuso la muchacha, que no conocía a nadie en Londres, salvo los compañeros con los que había coincidido en el teatro.

—Me han dicho que se la entregase a usted. Fue un caballero que se marchó en seguida. Vino con usted las dos noches anteriores.

Joan parpadeó asombrada porque aquel caballero no podía ser otro que Travis.

—Gracias.

El camarero carraspeó con discreción británica.

Pedía la propina.

Joan abrió el bolso y sacó una monedita. Tenía muy pocas.

El camarero carraspeó otra vez después de recibir la moneda.

Protestaba muy británicamente.

Pero no hubo otra moneda, y se marchó.

La joven miró la carta como si el remitente fuese el mismísimo Papá Noel.

La abrió y extrajo su contenido.

La carta decía así:

«Encantadora *lady* Godiva: Las cosas fueron muy mal. Indudablemente, La Serpiente Emplumada no es el teatro más adecuado para valorar mis experimentos. El empresario no prorrogó nuestro contrato. Estábamos dos días a prueba. Arruinado. Mis intentos por conseguir trabajo con otros agentes fracasaron. Me queda muy poco dinero, apenas para un billete de tren. De pronto, he recordado que entre mis familiares tengo una prisa en Escocia. Allá me voy a acogerme a su hospitalidad. Lo siento mucho, encantadora *lady*. No le faltará trabajo aquí. Desde luego, te perdono la bofetada que me soltaste cuando traté de hacerte el

amor. Te deseo una gran suerte en el país de tus antepasados. Tu expatrón te bendice.

»O. T. *Mago Cagliostro*».

Joan tuvo la impresión de que el corazón le iba a saltar fuera del pecho.

¿Cómo Travis, aquel miserable, había sido capaz de hacerle semejante jugada? Si él estaba arruinado, ¿cómo estaba ella? Travis no le había pagado un solo centavo por las dos actuaciones en el *music-hall*.

Dios mío, ¿con qué pagaba aquella cena?

Abrió el bolso y buscó en su interior con el mismo entusiasmo que un minero explora un filón.

Pero aquel bolso no tenía ninguna veta.

Sólo dos monedas. Y Joan apostó consigo mismo a que no tendría ni para pagar la mitad de la cuenta.

Por una casualidad levantó los ojos y se encontró con la mirada del camarero que le había servido y traído la carta.

Juró que él la observaba con cierto aire de sospecha.

Ella lo obsequió con una sonrisa, y él le correspondió con otra.

Joan guardó la carta de su patrón.

¿Y si el camarero la había leído antes de entregársela? Oh, no... ¿Cómo podía esperar una cosa así de un hombre que carraspeaba tan delicadamente?

Sólo tenía una solución.

Escapar de allí sin pagar.

Huir, volar...

Pero ¿dónde estaban las alas? ¿Dónde?

Sintió ganas de llorar.

Cuánto habría dado ella ahora por encontrarse en aquel humilde apartamento de Nueva York que compartía con otras tres muchachas.

Y cuánto por hallarse en la granja de su tía Lois en Dakota del Norte cuidando los cochinos.

Bueno, le habría dado lo mismo estar en Dakota del Sur, aunque no fuese en la granja de tía Lois.

Pero estaba en Londres, y siempre había oído decir que visitar Londres valía la pena, aunque uno tuviese que pasar dos días sin

comer.

¿Por qué había comido, condenación? ¿Por qué no había estado dos días sin comer para cumplir el refrán?

—¿Va a tomar café la señorita?

Casi lanzó un grito.

Era el camarero que estaba a su lado.

—No, gracias, no tomaré café.

—¿Prefiere otra cosa?

—No, nada... Espero a un amigo... El también piensa cenar, ¿sabe?

—Sí, señorita.

El camarero se retiró.

Joan había pasado un gran susto.

Por un momento creyó que el camarero le iba a decir: «Está usted mintiendo, señorita. Ese hombre no vendrá nunca. Pague y calle».

Oh, no, en Londres nadie podía decir eso, y menos un empleado.

Estaba en el país de la educación, en la tierra donde se respetaban las reglas sociales.

Pero con educación o sin ella, tenía que marcharse, aunque tuviese que salir de allí a gatas o metida debajo de una mesa. ¿No lo había visto en las películas cómicas?

¿Por qué en la vida real no serían las cosas como en el cine?

En una de las mesas cercanas se había levantado una señora muy gorda.

Un hombre le estaba ayudando a ponerse el abrigo.

Aquella señora gorda sería su salvavidas.

Se valdría de ella para salir. Le serviría como biombo.

Pero tendría que calcular bien las distancias. Eso era muy importante.

Dios mío, la señora gruesa se había encontrado con alguien a quien estaba saludando.

Sintió un escalofrío por la espalda cuando vio que el camarero la seguía mirando.

¿Sólo era eso o ya la espiaba porque había imaginado lo que ella tramaba?

¿No había sido médium de Cagliostro? Seguramente se había sumergido tanto en la profesión que ya transmitía el pensamiento a

cualquier persona.

Abrió otra vez el bolso y sacó el paquete de cigarrillos.

Sólo le quedaba uno, pero aquél era el mejor momento para encenderlo.

Expulsó dos chorlitos de humo por la nariz.

La señora gorda se despedía por fin de su conocido.

El hombre que la acompañaba ya la estaba empujando hacia la puerta.

Iban a pasar por allí, junto a ella.

¡Ahora!

Se agachó rápidamente y se fue detrás de la señora gorda.

Todo fue bien durante tres yardas.

Pero resultó que aquella señora conocía a todo el mundo porque se detuvo y volvióse bruscamente.

Joan quedó agachada, inmóvil, en una posición que le pareció extremadamente ridícula.

Alzó la cara y vio que el camarero la estaba mirando con el ceño fruncido.

Hizo como que recogía algo del suelo y se levantó sonriendo.

Volvió a su mesa y ocupó otra vez la silla.

Tenía ganas de morirse.

¿No caerían rayos en Londres como en la granja de su tía Lois?

Demonios, se acordaba de aquella chispa del invierno del 64 que mató a siete cochinos, una vaca y todavía tuvo fuerzas para partir en dos mitades un roble.

¡Qué lástima no haber estado en aquella ocasión junto al roble y no en la cama!

Terminaría por llorar, estaba segura de ello.

Miró hacia la derecha y se dio cuenta de que un hombre que estaba sentado a una mesa la miraba con atención.

Era un tipo calvo, con un bigote ridículo.

¡Y ahora le sonreía!

Joan levantó la barbilla. Naturalmente, aquel tipo era un conquistador vulgar, y ello demostraba que los ingleses también eran como los demás hombres.

De pronto, una lucecilla brotó en su cerebro.

Una lucecilla verde, señal de vía libre.

Y era aquel hombre el que la había encendido, el del bigotillo

ridículo.

«¿Por qué no, Joan? ¿O prefieres ir al lado del camarero, bajar la cabeza y decirle que no puedes pagar lo que te has comido?». Miró al hombre y ella también le sonrió.

El se pasó el dedo por el cuello de la camisa y le enseñó muchos dientes.

Joan hizo un gesto de coquetería.

El hombre se levantó.

Dios mío, ahora venía la parte peor.

—Señorita...

Tenía una voz tan ridícula como su bigotillo.

—Caballero —dijo, y se sintió como una mala actriz representando una mala comedia.

—Está usted muy sola...

—Ya lo ve, mi marido no está.

—¿Su marido? —dijo el hombre—. Perdone...

—Está en la India —dijo ella rápidamente, al ver que él iniciaba la retirada.

—¿En la India? ¡Qué hermoso país!

—Y qué lejos, ¿verdad?

—Sí. Como quien dice está en la otra parte del mundo. ¿Puedo hacerle compañía?

—Eso depende de usted. Naturalmente, me refiero a su discreción.

El hombrecillo se pasó otra vez el dedo por el cuello de la camisa.

—Soy un hombre muy reservado. Le puedo asegurar que tengo fama de ello.

Ocupó la silla.

—¿Puedo invitarla, señorita...? Perdón, no sé su nombre. —*Lady Godiva.*

El calvito enarcó las cejas y luego se echó a reír.

—Delicioso, qué gran sentido del humor.

—¿Verdad que sí?

—¿Puedo invitarla?

—Es usted muy amable, señor...

—Smith... Angus Smith.

Levantó la mano y el camarero acudió presto. —Una copa de

mantecado— dijo Joan.

Smith se quedó con la boca abierta, pero en seguida sonrió.

—Para mí un *whisky*, camarero.

—En seguida, señor.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo Angus Smith.

Joan se dijo que Smith no se distinguía por su brillante conversación.

—¿Viene todas las noches aquí?

—No, sólo de vez en cuando.

—Cuando su marido está en la India.

—¿Cómo lo ha adivinado?

Sobrevino otra pausa.

El camarero trajo la copa de mantecado y el *whisky*. Joan atacó el helado.

—*Lady* Godiva, quiero hacerle una pregunta un poco personal.

—Diga.

—¿Le gustaría dar un paseo conmigo?

—¿Adónde?

—Donde usted quiera.

—Bueno, yo no tengo preferencias.

—Estupendo.

Angus Smith bebió un trago de su *whisky* y luego otro. Finalmente, lo bebió todo.

—¿Le gustan los discos, *lady* Godiva?

—Me enloquecen.

—¿Música moderna o clásica?

—Clásica, naturalmente.

—¡Qué coincidencia! Tengo una hermosa colección...

Estaba pensando que después del paseo podía acompañarme a mi casa. ¿Qué le parece la idea?

—Maravillosa.

—Le voy a decir algo —dijo Smith, entusiasmado—. Creo que usted y yo poseemos almas gemelas.

—A mí también me lo parece.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, pero primero he de pagar la cuenta —dijo Joan, y tomó su bolso.

—Oh, no, de ninguna manera —dijo Angus, poniéndole su mano

en el brazo—. No puedo consentirlo.

—Como usted quiera.

Angus Smith llamó al camarero y pagó la adición.

Los dos se levantaron.

—Señor Smith, me perdonará. He de ir al tocador. ¿Me espera unos minutos?

—Desde luego, *lady* Godiva.

Joan sonrió encantadoramente a Smith y se fue al tocador, que estaba justamente en el vestíbulo.

Ya lo sabía porque lo había visitado cuando cenó allí con Orson Travis.

Pero esta vez solo estuvo treinta segundos en el tocador.

Cruzó rápidamente el vestíbulo y ganó la puerta.

No se detuvo, y al llegar a la calle echó a andar rápidamente.

Cuando se hubo alejado unas cien yardas se dio cuenta de que apenas respiraba.

Huía como si fuese una ladrona.

Maldijo al Mago Cagliostro por haber tenido que hacer aquel papel.

Tuvo que ir a pie al hotel porque no tenía dinero para tomar un taxi.

Por el camino hizo una pregunta.

¿Habría pagado Orson Travis su cuenta del hotel?

## CAPÍTULO II

Al entrar en el hotel se dirigió al registro.

Conocía al empleado de noche. Respondía al nombre de Raymond.

—Me han dicho que el señor Travis se marchó.

—Sí, señorita Mathison.

—¿Hace mucho?

—Un par de horas.

—Entiendo. ¿Dejó algún encargo para mí?

—No, señorita.

—Creo que yo también me iré. Prepáreme la cuenta.

—Sí, señorita.

Joan quedó desencantada.

Se retiró hacia el ascensor, pero en el camino se detuvo y volvióse hacia el registro.

—Bien pensado, me quedaré todavía unos días.

—Como usted quiera, señorita Mathison.

Cuando se encontró en su habitación, paseó llena de rabia.

Otra vez maldijo al Mago Cagliostro y a todos sus antepasados escoceses.

Travis se la había jugado bien.

Bueno, ahora no era momento para recriminarse. Estaba hecho.

¿Por qué no veía el lado bueno de la moneda? Estaba en Inglaterra y había llegado allí gracias a Travis. Por lo menos, le debía eso: un viaje gratuito.

«Anímense, señoritas, crucen el gran charco, visiten el Viejo Continente, aunque luego, al llegar, se encuentren sin un centavo».

Al diablo con sus pensamientos. Ahora necesitaba dormir. Con el nuevo día vería las cosas diferentes.

Pero no las vio.

Cuando dieron las nueve de la mañana salió del hotel, no sin

antes sacar de la guía telefónica media docena de direcciones de agentes teatrales.

El primero estaba de vacaciones, el segundo sólo recibía a los artistas que estuviesen previamente citados, y una secretaria daba citas para siete días más tarde.

Con el tercero tubo más suerte. La recibió. Era gordo, bajito y usaba gafas de carey.

—Veamos, señorita Mathison, ¿qué sabe usted hacer?

—Soy médium.

El gordito fumaba un habano casi tan grande como él mismo.

—Supongo que se refiere a que adivina el pensamiento.

—Sí.

—Adivínemelo a mí.

—No se lo puedo adivinar si no me lo dice usted antes. ¿Es que no lo sabe? En eso consiste el truco, usted me enseña una clave y yo la descifro.

—¿Qué más sabe?

—Nada más.

El gordito abrió la boca y se quedó mirando a Joan.

No se le cayó el cigarro porque lo sostenía en la mano.

—Está bien, señorita Mathison, dele su dirección a mi secretaria, y en cuanto se muera una médium, le mandaré aviso.

Joan salió de allí más desconsolada de lo que estaba al entrar.

Le dolían los pies. Había ido de una parte a otra sin ningún resultado práctico.

Se miró en un espejo del vestíbulo. El espejo le devolvió la imagen de una joven de veintitrés años. No se podía decir que fuese tan bella como Gina Lollobrigida, o Elizabeth Taylor, pero poseía un rostro bonito y resultaba picante, y su cabello rubio platino era una monería, como le habían dicho muchos hombres, y sus piernas no estaban nada mal... Bueno, ¿por qué hacía ese examen ahora? Jamás se ofrecería como bailarina. ¿Y por qué no? Lo importante era comer y pagar el hotel.

Decidida, entró otra vez en la oficina del agente teatral.

Hizo como que se le había olvidado algo.

—Perdone —le dijo a la secretaria—. En seguida termino.

El gordito del cigarro la vio entrar y dijo:

—Ninguna médium se murió en los últimos cinco minutos.

—Es que sé hacer otra cosa.

—¿Qué es lo que sabe, además de hablar?

—Bailo.

—No me diga que aprendió mientras se dirigía al ascensor.

—Bailaba en mi pueblo.

—Conque sí, ¿eh? En su pueblo.

—En Lincolnville, en Dakota del Norte... La señorita Harrison dijo que yo podría ser una gran bailarina.

—De modo que la señorita Harrison era su profesora de baile...

—No. Era mi maestra de escuela.

El hombre cerró los ojos, pero los volvió a abrir.

—Oiga, señorita Mathison, ¿sabe usted cuántas bailarinas hay en Londres esperando una oportunidad para trabajar? Yo se lo diré. Más de cinco mil. Y todas ellas son profesionales y fueron a una escuela de baile, y aunque tengan el estómago vacío, todos los días hacen sus ejercicios. Señorita, acepte un consejo. Vuelva a Dakota del Norte.

—No volveré.

—¿Por qué no? ¿Tiene algo en contra de Dakota del Norte?

—Claro que lo tengo. Nunca volveré a criar cochinos.

Dicho esto, Joan se dirigió a la puerta.

Ahora al agente teatral se le cayó el habano de la boca.

Joan salió de aquel edificio.

Se encontró más cansada que nunca.

Enfrente había un jardín con unos bancos. Se sentó en uno de ellos.

Vio un periódico a su derecha. Alguien lo había dejado allí.

Lo tomó distraídamente.

Leyó algunas noticias, pero luego se aburrió. ¿Qué le importaba a ella que hubiese guerra en el Vietnam o que el general De Gaulle hubiese torpedeado el Mercado Común?

Pasó unas hojas y llegó a la sección de anuncios.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Allí podía estar su solución.

En realidad, se había sugestionado con el papel de médium que había desarrollado al lado del Mago Cagliostro. Por eso acudió a los agentes teatrales.

En una ciudad tan grande como Londres tenían que haber

centenares, miles de ofertas de trabajo.

Se puso a buscar.

«Se necesita doncella... Preciso cocinero... Señorita de compañía... Andante de laboratorio... Enfermera diplomada... Taquimecanógrafa sabiendo francés y alemán...». Sus ojos se detuvieron en un anuncio que decía así:

«Pago bien por rubia platino. Presentarse con urgencia en Coxe Street, 632». No quiso leer más. Allí estaba su oportunidad.

Preguntó a un agente por la ubicación de Coxe Street y estuvo a punto de desmayarse cuando recibió la noticia de que se encontraba al otro extremo de la ciudad.

Sintió deseos de hacer *auto-stop*.

Pero abandonó la idea porque eso sería demasiado insólito.

Por fin recibió una alegría cuando preguntó a un caballero con hogo el precio del billete del autobús. Con sus monedas tenía para hacer el viaje.

Con ello redujo la distancia dos tercios. El último tercio lo hizo a pie.

Coxe Street era una calle solitaria, tranquila.

Y lo era más el número 632.

Joan se admiró de la casa. Debía haber sido construida cuando Colón descubrió América, o un poco después. Había visto casas como aquélla en un libro de páginas amarillentas que tía Lois guardaba en la buhardilla.

La yedra cubría las paredes hasta las pequeñas ventanas.

La puerta del jardín estaba abierta.

Subió al porche y se dirigió una mirada a los zapatos y al vestido antes de apretar el timbre.

Desde dentro le llegó el sonido de un carillón.

Tuvo que esperar quince segundos y le abrió la puerta un criado de cara alargada, ojos negros, hundidos en las órbitas.

—Vengo por el anuncio —dijo Joan.

El criado la observó apreciativamente.

—Sí, señorita. Pase, por favor.

La joven se vio en un vestíbulo. Había una armadura a cada lado. Al fondo descubrió una escalera que conducía al piso superior.

Pero no era un palacio.

—¿A quién anuncio, señorita?

—Me llamo Joan Mathison. —¿Inglesa?

—Sólo por parte de abuelo.

—Espere.

—Sí, señor.

El criado entró en una habitación que había a la derecha y Joan oyó un susurro de voces.

Sintió tentaciones de llegarse hasta la puerta y pegar la oreja. Pero si la sorprendían, eso estaría feo.

El criado regresó y se quedó junto a la puerta.

—El señor ha decidido recibirla.

—Muchas gracias.

—Tenga cuidado.

—¿Cuidado con qué?

Con pisar al señor.

Joan parpadeó confusa.

—Oh, sí, tendré mucho cuidado —dijo por decir algo.

El criado le señaló el hueco de la puerta para que entrase.

Joan lo hizo mirando al suelo porque pensó que quizá el señor era muy pequeñito.

Pero no había nadie en el piso y alzó la vista.

La habitación era una biblioteca. Allí había libros, pero también otras cosas.

Lo que más le llamó la atención fue un búho, cuyos ojos centelleaban intensamente. Y lo más raro de aquel búho era que estaba subido al respaldo de un sillón y el sillón estaba vacío.

Joan miró a derecha e izquierda, pero no vio a nadie.

—Bienvenida, señorita —dijo una voz.

Joan miró al sillón asustada.

La voz había salido de allí.

—Soy yo quien le hablo —dijo otra vez la voz. Ahora no tuvo duda. Era el búho quien le había hablado.

### CAPÍTULO III

Joan sintió que se convertía en una estatua de hielo.

—¿Qué le pasa, señorita? —preguntó el búho hablador.

—No me encuentro bien —contestó.

—Comprendo, para usted es muy extraño que un búho hable.

—Pues sí, no estoy acostumbrada, se lo juro, y esto que he pasado mi vida en el campo.

—Una labriega, ¿eh?

—Lo era, señor Búho... ¿Oh, qué estoy diciendo? ¡Usted no puede hablar!

El búho lanzó una carcajada.

—¿Es que no ve que estoy hablando?

—Usted sería un monstruo si hiciese eso.

—No, no he sido un monstruo, porque durante mi vida he ganado quince millones de libras esterlinas.

—Comprendo, se exhibió en un circo.

—No, señorita, no me exhibí en un circo. Tampoco en un teatro, ni en ninguna otra parte. He hecho mi fortuna trabajando, y le aseguro que fue duro. Ande, venga a rascarme el ala derecha.

—Se la va a rascar su padre.

—¿Qué dice?

—¡Que yo me voy a largar de aquí, señor búho!

—Ya no puede marcharse.

—¿Quién dice que no?

—Yo lo digo.

—Si se atreve a interceptarme el camino, le retuerzo el pescuezo, señor búho.

El ave soltó una risotada.

—Ande, intente marcharse.

Joan apretó los maxilares, dio media vuelta y, decidida, se dirigió hacia la puerta por la que había entrado.

Entonces recibió otra sorpresa y ya no recordaba que número hacía.

No había puerta. Ante sí tenía una pared lisa.

—¿Qué es lo que ha hecho con la puerta? —exclamó volviéndose hacia el búho.

—¿Ve usted como no puede marcharse?

—Oiga, me gustan las bromas, pero no las de esta clase. De modo que ahora mismo me va a poner la puerta otra vez en su sitio.

Hubo un silencio.

Se movieron unas cortinas al fondo de la estancia y Joan vio aparecer a un hombre de unos sesenta años, pequeño, de cabello y bigote blancos.

—Eh, ¿quién es usted? —exclamó Joan.

—El búho.

Joan señaló el ave que continuaba en lo alto del respaldo del sillón.

—El búho está ahí.

—Sí, y yo hablaba por él.

—Ya imaginaba que aquí había truco.

—¿Y por qué lo imaginaba?

Por la sencilla razón de que he trabajado como ayudante de un mago. No me diga.

—Me metía en un cajón y me hacía desaparecer, me metía en otro cajón esposada y llena de cadenas y salía libre exactamente en cinco segundos. Y todo era truco, ¿lo entiende?

—Maravilloso. Es usted la chica que me conviene.

—¿Acaso quiere que le enseñe el truco de los cajones?

—No, usted es valiente. Lo ha demostrado cuando oyó hablar al búho, y especialmente cuando desapareció la puerta.

—Eh, ¿sabe lo que pienso, abuelo?

—Dígalo.

—Que está usted chiflado.

El hombre del cabello blanco soltó una risita.

—No, señorita, no lo estoy, aunque algunos quisieran que lo estuviese.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—Soy inventor. Naturalmente el búho está disecado. Yo hablaba por un micrófono que tiene instalado en el buche... Y lo de la

puerta es un sistema electrónico que patenté para impedir los robos de Bancos... Los ladrones que entren en el Banco donde esté instalado mi invento se encontrarán de pronto que no tiene puertas para escapar...

Quedarán encerrados hasta que la policía los atrape.

—Oiga, ¿qué tiene que ver todo esto con su anuncio?

—Mucho.

—¿Para qué necesita una rubia platino?

—Para que conviva conmigo.

—Eh, oiga, abuelo, ¿no le da vergüenza?

—No es lo que usted cree. Quizá no me expresé bien. Señorita, se lo diré rápidamente. Intentan asesinarme.

—¡El criado!

—¿Qué?

—No puede ser otro. ¡El criado quiere matarlo!

—Oh, no, Bautista, no puede hacer eso.

—¿Lo ve usted? Además, se llama Bautista... ¡No puede fallar!

—Cálmese. Todavía no le he dicho mi nombre. Soy Jonathan Feeney.

—Joan Mathison.

Jonathan alargó la mano para tomar un vaso de leche que había en una bandeja sobre la mesa. Fue a beber.

—¡No haga eso! —gritó Joan.

El señor Feeney dio tal salto que parte de la leche cayó al suelo.

—¿Qué le pasa, señorita Mathison?

—¡Esa leche está envenenada!

—Oh, no.

—¿Quién se la sirvió?

—Bautista.

—¿Lo ve usted? ¡Es él quien se lo quiere cargar!

Jonathan Feeney dio un suspiro.

—Tranquilícese, señorita Mathison... Bautista es la persona en quien tengo depositada toda mi confianza.

¡Son las más peligrosas! Además, tiene cara de asesino.

Bueno, admito que es feo, pero no es un asesino. Debo decirle otra cosa. Analizo la leche que bebo, y lo mismo hago con el *whisky* y con otras cosas... Recuerde, soy inventor y he tomado precauciones.

Jonathan Feeney bebió un largo trago de leche.

Joan esperó con la boca abierta.

—¿Se siente bien, señor Feeney?

—De primera —sonrió Jonathan, palmeándose el pecho.

—Entonces, ¿quién le quiere matar?

—Tengo donde elegir.

—¿Más de uno?

—Sí, señorita Mathison. Hay tres.

—Y apuesto que, como siempre, son familiares suyos.

—En eso acertó. En primer lugar, tenemos a mi hermano, William Feeney. Es un juerguista, un pródigo... Gastó primero la herencia de mi madre, luego la de mi padre y ahora le gustaría mucho gastar la mía.

—¿Casado?

—Soltero pero como si estuviera casado, porque siempre tiene algún lío de faldas.

—¿Quién más quiere matarle?

—Los hijos de mi hermana Guillermine.

—¿Cuántos son?

—Dos. Francis y Thelma Whipper. Mi hermana murió y también su marido, pero antes echaron al mundo dos indeseables.

—¿Alguno de ellos casado?

—Todavía no. Francis tiene veintiocho años y Thelma veintitrés. Les gusta vivir la *dolce vita*.

—Caramba, tiene una familia que sabe pasarlo bien.

—Eso es lo que ellos creen. Pero sinceramente, yo no pienso lo mismo.

—Oiga, señor Feeney, se me ocurre una idea.

—La escucho.

—Si su hermano William y sus sobrinos quieren matarle, quiere decir que ellos son sus herederos.

—Sí.

—Tiene una fácil solución. Desherédelos.

—Ya lo pensé, pero no me gusta. No tengo otra familia y sería vergonzoso para mí no dejarles algo. Al fin y al cabo, es mi pequeña venganza... Ellos siempre me despreciaron.

—No le comprendo eso de su pequeña venganza.

—Es muy sencillo. Los tres están arruinados y llenos de deudas.

Constantemente vienen por aquí a pegarme sablazos. Están deseando que llegue el día en que Bautista les anuncie que me he muerto porque significará que ellos tendrán dinero abundante para gastar... ¿Se da cuenta? Si los desheredase, perderían todo su interés por mí, pero siendo mis herederos, viven pendientes de mi salud. Una vez al mes, al menos, se dejan caer por aquí, y de vez en cuando llaman por teléfono preguntando por mí.

—¿Nunca se casó, señor Feeney?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando tenía veintisiete años.

¿Qué fue de su mujer?

Murió... Fue a los seis meses de estar casados. Sufrió un accidente de automóvil.

—Lo siento.

—No me volví a casar. Quise entregarme a mis inventos.

—¿Qué quiere concretamente de mí, señor Feeney?

—Ya se lo dije. Va a ser mi secretaria, mi enfermera, mi ama de llaves, en resumen, mi brazo derecho.

—¿Cree usted que reúno las condiciones?

—Yo diría que es usted el ideal que yo estaba buscando.

—¿Por qué cree eso?

—Es bonita, simpática, comprensiva...

—¿Tantas cosas?

—Además de valiente, como le dije al principio de nuestro diálogo.

—Me intriga una cosa, señor Feeney.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué el anuncio decía «rubia platino»?

—Tiene una explicación fácil. Mi mujer tenía el cabello de ese color.

—Oh, perdone.

Feeney terminó de beber su leche.

Se limpió con una servilleta que tomó de la bandeja.

—Señorita Mathison, mi hermano tiene una casa de campo. No sé cómo ha conseguido librarla de sus acreedores, pero lo cierto es que la tiene... Me ha invitado a pasar el fin de semana allí. También irán mis sobrinos. Usted me acompañará.

Joan tragó saliva.

—¿Usted cree que lo han invitado para matarle?

—Estoy seguro de ello.

—Entonces, lo que usted necesita es un policía.

—Me desagradan los policías y sería ridículo por mi parte pedir ayuda a Scotland Yard.

—Supongo que aquí también existen los investigadores privados.

—Sí, pero tampoco me gustan... No le dé más vueltas, señorita Mathison. Es usted quien me conviene. A menos, claro, que a usted no le guste el cargo.

—Oiga, señor Feeney, en circunstancias normales, rechazaría su oferta, pero he pasado hambre y estoy enclavada en Londres.

—Eso quiere decir que acepta.

—Sí, señor —repuso Joan, exhalando un suspiro—. Puede contar conmigo.

—Gracias.

—Pero no se haga muchas ilusiones con respecto a mí, señor Feeney. Siento decírselo, pero nunca me he visto envuelta en un lío como éste. Quiero decir que si sus familiares han decidido matarle, sería mejor que encargase el ataúd... Oh, disculpe, no quise decir.

Feeney se echó a reír.

—Es usted encantadora, señorita Mathison. Me gusta su espontaneidad. Dice lo que piensa y eso es una virtud hoy en día.

—¿Cuándo saldremos de viaje, señor Feeney?

—Dentro de tres horas.

—Mi equipaje está en el hotel.

No se preocupe. Bautista irá por él.

Perdone, señor Feeney, pero tengo que pedirle un favor.

—¿Qué es ello?

—Ya le dije antes que estoy anclada.

—Entiendo, no tiene dinero.

—Las últimas monedas las gasté en un viaje de autobús.

—Me dijo que es usted americana.

—Sí, señor.

—Entonces le daré su sueldo en su moneda. Ganará mil dólares al mes.

Joan sintió que sus piernas se doblaban.

—¿Cuánto ha dicho, señor Feeney?

—Mil dólares —repitió Jonathan—. Una rubia platino tan maravillosa como usted no puede ganar menos.

—Gracias, señor búho..., ¡digo, señor Feeney!

## CAPÍTULO IV

Joan oyó sonar el carillón.

Bautista se había ido al hotel Maracaibo para pagar la cuenta y recoger su equipaje.

Jonathan Feeney había subido a su dormitorio para dormir un par de horas.

Otra vez sonó el carillón.

Sólo ella podía abrir la puerta de la casa.

Salió de la biblioteca, donde se había sentado a leer un libro, *La cabaña del Tío Tom*.

Al abrir, vio en el hueco a un hombre muy alto, que le sonreía jovialmente.

Tenía un gran parecido con el actor Rock Hudson.

—Debo haberme equivocado —dijo él—. Ésta no puede ser la casa de mi tío Jonathan.

—No la cambiaron de sitio.

—¿Cómo dice?

—Usted es Francis Whipper.

—Caramba, parece que el tío Jonathan ha corrido muy aprisa desde la última vez que estuve aquí... No me diga que él se casó otra vez.

—Sería muy doloroso para usted, ¿verdad, señor Whipper? Yo le arrebataría su parte en la herencia.

—Vaya, me quita un peso de encima.

—No puedo decir que lo siento.

—¿Puedo pasar?

—Oh, sí, desde luego.

Francis Whipper entró y dio un salto, apartándose de la primera armadura.

—No hay nadie dentro —dijo Joan.

—Ya lo sé, pero la última vez estaba electrificada. No sé cuántos

voltios pasaron a través de mi cuerpo. Tío Jonathan guarda esas bromas para el sobrino que viene a pedirle dinero.

—¿No le da vergüenza reconocer eso?

—¿El qué?

—Que viene aquí sólo a pedir dinero.

Francis sonrió enseñando sus dientes parejos, blancos.

—Según parece, el tío le contó la historia de la familia.

—Sólo un par de capítulos, pero tuve bastante.

—¿Cuántas páginas me dedicó a mí?

—Muy pocas. Las que merece.

—De modo que es mi enemiga.

—No soy enemiga de nadie.

—El tío le puso en contra de mí, no lo niegue. Pero, dígame, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Mi nombre es Joan Mathison.

—¿De qué parte de América es usted?

—Del salvaje Oeste.

—No hacía falta que lo aclarase. Y le ruego no me lo tome como una ofensa. Siempre me han gustado las muchachas rebeldes, indómitas. Tienen una especial fragancia y usted la conserva.

—¿Qué es lo que conservo?

—El olor de la salvia —contestó Francis, acercándose a la joven —, el de los pinos...

—No me embaucará, de modo que no se acerque más.

—Sólo quería aspirar un poco de lo que usted trajo de su tierra, de sus bosques...

—Su tío no puede darle dinero.

Francis Whipper cambió instantáneamente. Borró la sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque está durmiendo.

—Lo siento mucho porque no podré ir a la casa de campo de mi tío William.

—¿Qué le pasa?

—He de pagar cien libras antes de la partida.

—Trabaje.

—¿Cree que en un par de horas de trabajo podría conseguir las cien libras?

—Tiene usted la cara más dura que las pinzas de un cangrejo de

Dakota.

—No lo crea, Joan. Sin ir más lejos, viniendo hacia acá, me ha enternecido una pelirroja. Se le había visto el tacón del zapato. Tuve que ayudarla. Qué muchacha..., digo qué tacón...

—No continúe, señor Whipper.

—Le aseguro que la dejé en su apartamento.

—Y también estoy segura de que la dejaría bien instalada.

—Creo que usted y yo nos vamos a llevar bien.

—Lo dudo.

—Hablando de otra cosa, ¿no tiene usted las cien libras, señorita Mathison?

Joan puso un brazo en jarras.

—No, señor Whipper.

—¿Cincuenta?

—Ni veinte, ni diez, ni cinco...

—Pensé por un momento que tío Jonathan la habría convertido en su administradora.

—Soy su secretaria, y sólo me dio un par de libras para comprar sellos en el pueblo donde su tío William tiene la casa de campo.

—Con un par de libras yo no resolvería nada.

—Lo celebro, porque tampoco se las iba a dar.

—Tengo la impresión de que mi problema es insoluble. Y eso me va a privar de la cosa que más deseo.

—¿Qué es lo que más desea? —Seguir viéndola a usted.

—Oiga, señor Whipper. Será mejor que abandone esa actitud.

—¿Qué actitud?

—Le conozco bien ya. Necesita un par de mujeres por semana porque una de ellas no le dura más de tres días.

—Soy un incomprendido.

—Yo tampoco lo voy a comprender, señor Whipper. Pase de largo por la puerta de mi casa.

—¿Considera ya esta casa como suya?

—Es como hablan en Dakota del Norte las chicas que se quieren quitar de encima a un tipo pesado.

—¿No le gusto?

—Ni pizca.

—Es asombroso.

—¿Por qué es asombroso?

—¿Sabe que mido 1'82?

Joan lo miró de pies a cabeza.

—Es posible.

—Peso 80 kilos. Justo lo que conviene a mi talla, y no me negará que soy bien parecido.

—No, no lo puedo negar.

—Tengo una conversación brillante. Resulto la mar de ingenioso cuando quiero.

—Qué pena. Debí proponerse ser ingenioso antes de llamar el timbre de la puerta. Francis exhaló el aire de sus pulmones.

—Usted es un hueso, señorita Mathison. No se puede sostener una conversación seria con usted.

Joan cruzó los brazos y sonrió.

—Ya empezamos a entendernos.

—Qué maravilloso —dijo él, y fue a tomarla por los brazos.

Pero Joan saltó, librándose de él.

—Quieto, señor Whipper.

—Pero usted dijo...

—Dije que me alegraba mucho de que comprendiese que yo tampoco soy su tipo.

—¿No cree que debo ser yo quien juzgue eso?

—Apunte en otra dirección, señor Whipper. Se lo aconsejo. Conmigo no tiene nada que hacer.

—Vaya, parece que no estoy en mi día.

—No, no lo está.

—Ahora usted, y antes un acreedor que me amenazó con denunciarme a la policía.

—¿Por qué cosa?

—Por estafa. Pero yo no lo engañé, se lo aseguro, Joan... No pensará que soy un delincuente.

—Tengo mis dudas.

—Joan, no debe decir eso. —Francis bajó la mirada al suelo—. Confieso que soy un mujeriego... ¿Qué culpa tengo yo de que ustedes sean unos seres tan maravillosos? Pero no me gusta engañar a nadie. Ni siquiera a ellas. Jamás he dado palabra de casamiento a una mujer, y procuro ser sincero con ellas desde el primer momento.

—Qué paloma más blanca...

En aquel momento se oyó un aullido.

Venía del piso de arriba y parecía un aullido de muerte. Era Jonathan Feeney.

## CAPÍTULO V

—¡Es su tío! —gritó Joan.

—¿Qué le pasa?

—¡Lo están matando!

—¿Quién?

—¿Cómo lo voy a saber yo?

Joan ya estaba corriendo hacia la escalera. Francis fue detrás.

—¡Espere, Joan!

—¿A qué tengo que esperar? —inquirió la joven, deteniéndose.

—El asesino también puede matarla a usted.

—Me importa un rábano el asesino.

—Está bien, yo iré delante —dijo Francis, y dejando libre a Joan, salió disparado escaleras arriba.

Joan lo siguió, pero cuando llegó a lo alto no vio al joven porque él le había tomado mucha ventaja.

—Eh, ¿dónde está, señor Whipper?

Francis no respondió.

Pero obtuvo otra clase de respuesta.

Un nuevo aullido de Jonathan.

Eso la ayudó a saber de dónde procedía.

Jonathan estaba en la segunda habitación.

La puerta estaba entreabierta. La empujó y pasó dentro.

La escena que se ofreció a sus ojos la dejó aterrorizada.

Francis Whipper había atrapado a su tío Jonathan por el cuello, sobre la cama, donde el anciano se encontraba tendido.

—¡No lo estrangule, señor Whipper!

—¿Quién lo está estrangulando? Lo estoy despertando.

—¿Qué?

—Mi tío duerme. Sólo tiene una pesadilla. —Francis dio palmadas en las mejillas de Jonathan—. Despierta, tío, despierta.

Joan ya estaba a los pies del lecho.

Jonathan despertó.

—Eh, ¿dónde estoy? ¿Qué pasa?

Francis se retiró un paso.

—¿Con qué soñabas, tío?

—Ah, eres tú... Con ella, con la rubia platino...

—Comprendo. Ella te enroscaba sus hermosos brazos al cuello y se ponía a apretar y a apretar... La culpa es tuya por no pedir referencias. ¿Quién sabe lo que es ella?

Joan le miró con ojos centelleantes.

—Ande, desacréditeme ante su tío. Yo no le convengo. Pero sepa una cosa. No me creí eso de que vino por cien libras. Más bien diría que se llegó aquí para acabar de una vez con él.

—Está quedando muy mal, señorita Mathison... ¿No ha oído a mi tío? Fue usted quien lo estaba estrangulando, aunque sólo haya sido un sueño.

—¡Silencio! —gritó Jonathan.

Ninguno de los dos jóvenes dijo nada.

Jonathan Feeney se pasó una mano por la cara.

—Te equivocas, sobrino. No soñé que la señorita Mathison me mataba, sino que me abrazaba amorosamente porque se había convertido en mi mujer.

—Tío, ¿cómo has pensado semejante cosa? ¡Vas a cumplir sesenta años y ella sólo tiene dieciocho!

—Veintitrés —replicó Joan.

—¡Cállense los dos! —ordenó Jonathan de nuevo—. He dicho que sólo era un sueño... Puedes estar tranquilo, Francis. No quiero ser causa de la infelicidad de una mujer como Joan. Ella se merece un hombre en la plenitud de su vida, y no uno como yo.

Francis se pasó un dedo por debajo de la nariz.

Joan dijo con retintín:

—¿Queda tranquilo, señor Whipper? Sigue siendo el heredero del señor Feeney y podrá matarlo cuando quiera.

—Señorita Mathison, nunca he matado a nadie y no tengo la menor intención de convertirme en asesino.

Jonathan intervino:

—Francis, ¿cuánto dinero has venido a pedirme esta vez?

—Una insignificante cantidad.

Joan rió con sarcasmo.

—Llama insignificante cantidad a cien libras, señor Feeney.

—Está bien, Francis, te las daré.

La joven saltó.

—No puede hacer eso, señor Feeney.

—Eh, Joan —rezongó Francis—, ¿quiere dejar que el tío haga su obra de caridad del día?

—Pero ¿dónde está su amor propio, su orgullo...? Me habían dicho que los ingleses eran personas muy respetables.

—Lo somos —contestó Francis, con gravedad—. Hemos dado la libertad a millones de seres.

—Es usted un cínico.

—Por favor, Joan, no me amargue la existencia. Recuerde que si no pago esas cien libras, no podré estar a su lado.

Jonathan abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó un talonario de cheques.

—No sigas, Francis, vas a tener las cien libras...

—Gracias, tío, eres muy generoso.

—Por nada del mundo me privaría de tu compañía en casa de mi hermano William.

Jonathan Feeney firmó el talón y lo entregó al joven.

Éste miró el papelito y sonrió guardandoselo en el bolsillo de su chaqueta.

—Gracias, tío.

—Ahora, vete. Joan y yo necesitamos prepararlo todo para el viaje... Señorita Mathison, ¿quiere salir? Voy a vestirme.

Los dos jóvenes salieron del dormitorio.

Al llegar al comienzo de la escalera, Joan no pudo contenerse y explotó.

—¡He presenciado cosas indignantes en mi vida, pero la que usted acaba de protagonizar se lleva el primer premio!

Usted sólo sabe una mitad de la historia.

—¿Cuál es la otra mitad?

—Algún día se la contaré.

—¿Por qué no la cuenta ahora?

—¿No se lo dije? He de pagar a mi acreedor las cien libras antes de que me denuncie a Scotland Yard.

Bajaron la escalera, y en el vestíbulo, Francis hizo una inclinación versallesca.

—Celebro mucho haberla conocido.

—Yo no.

—Oiga, Joan, ¿por qué no somos amigos? —No puedo ser su amiga.

—Inténtelo. Piense que vamos a pasar un fin de semana en casa de tío William. Nos veremos con mucha frecuencia. Jugaremos al tenis, montaremos a caballo, bailaremos... Ya estoy imaginando las escenas y estoy seguro de que va a ser una experiencia inolvidable. No, no diga nada ahora. Está usted en contra de mí, pero piense que muchas veces las cosas no son como se ofrecen a nuestros ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Ya le he advertido que no puedo contárselo.

Del rostro de Francis había desaparecido todo vestigio de jovialidad.

—Hasta pronto, Joan —dijo, y salió de la casa.

Joan había quedado inmóvil desde que él pronunció sus enigmáticas palabras.

¿Qué había querido decir Francis Whipper con que ella sólo sabía la mitad de la historia y aquello de que muchas veces las cosas no eran como uno las veía?

El teléfono de la biblioteca se puso a sonar.

Entró en la habitación y tomó el auricular.

—¿Sí?

—¿Quién es usted? —preguntó una voz femenina.

—Joan Mathison.

—¿Fregona?

—¿Cómo lo acertó? Me llegué aquí para quitar las manchas del escudo familiar.

—Querida, no se moleste por tan poco. Soy Thelma Whipper.

—Ya lo suponía.

—¿Y por qué lo suponía?

—Oí un cascabeleo y me dije que a la otra parte tenía que haber una serpiente.

Thelma Whipper se echó a reír.

—Usted y yo nos vamos a comprender muy bien, señorita Mathison. Pero por favor, reserve su veneno para cuando pueda morderme. No me lo escupa por el hilo.

—Ya que hemos terminado con el protocolo, ¿me puede decir

qué es lo que quiere, señorita Whipper?

—Hablar con mi tío.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Está en la cama, pero puede decírmelo a mí. ¿Cuánto quiere?

—Eh, oiga, primero me va a decir qué hace aquí, señorita Mathison.

—Soy la nueva secretaria de su tío.

—Entiendo... Y al propio tiempo me deja usted sorprendida. Mi tío no tiene secretaria desde hace años. Usted debe ser algo sensacional.

No puedo opinar sobre mí misma.

—Qué modesta.

—¿Cuánto, señorita Whipper?

—Es usted insultante, señorita Mathison. No llamo para pedir dinero, sino para saber si el tío está bien.

—No murió hasta ahora, y también puedo decirle que no modificó el testamento.

Usted sigue siendo heredera. ¿Satisfecha?

—Ya estoy deseando conocerla personalmente... para pisarle el cuello.

—Cuidado, señorita Whipper, no se equivoque. Es el cuello de su tío el que necesita pisar.

—Al parecer, llegó a casa de tío Jonathan cargada de chistes.

—No se puede imaginar los que traigo.

—Debo decirle que hasta ahora ninguno me hizo la menor gracia.

—Eso es algo muy comprensible.

—Tome una ducha, señorita Mathison. Le ayudará a despejar la cabeza después del esfuerzo que está realizando —dijo Thelma, y colgó bruscamente.

Joan sonrió al micro. Había dado su merecido a Thelma Whipper.

Jonathan Feeney entró en la biblioteca.

—¿Con quién hablaba, Joan?

—Con su sobrina Thelma.

—¿También quería dinero?

—No, sólo se interesaba por su salud.

—Oh, sí. Es muy delicada. Ya se lo dije.

Jonathan tomó un cigarro de encima de la mesa y se puso a mordisquearlo.

—Señor Feeney —dijo Joan—, no comprendo cómo puede vivir así, acosado por sus familiares.

—Ya me acostumbré.

—Quiero preguntarle algo, señor Feeney.

—La escucho.

—Usted dijo que lo iban a matar.

—Sí.

—¿Tiene usted alguna prueba de ello o es sólo una suposición suya?

—Es una plena seguridad.

—No entiendo.

—Lo va a comprender en seguida. Intentaron matarme tres veces en los últimos siete días.

—¿Tres veces?

—Sí.

—¿Cómo?

—En días alternos doy un paseo por la orilla del Támesis. Voy solo. El jueves pasado al llegar a un sitio solitario, oí un estampido. Algo silbó cerca de mi cabeza y se enterró en el tronco de un árbol. Luego ya no pasó nada. Me acerqué al árbol y encontré una bala enterrada en la corteza.

—¿No pudo ver a su agresor?

—No, escapó después del disparo.

—¿Cuál ha sido el segundo intento?

—Dos días más tarde. Tenía que ir a casa de mi amigo el profesor Hillman. Es un coleccionista de sellos. De vez en cuando nos vemos... Yo voy a su casa o él viene a la mía.

Esa mañana le había telefoneado diciéndole que lo visitaría... Estaba cruzando la calle para tomar el autobús. No quise utilizar el coche. De pronto, cuando estaba en el centro de la calle, un auto negro apareció por mi izquierda y se lanzó sobre mí a toda velocidad. No sé de dónde pude sacar energías para saltar. Pero lo hice y rodé por el suelo... El auto me rozó sin causarme ningún daño y desapareció por la próxima esquina.

Joan se mojó los labios con la lengua.

—¿Tampoco pudo ver quién conducía el auto?

—No. Las cosas pasaron demasiado aprisa para que pudiese ver al conductor.

—¿Y el tercer intento?

Jonathan hizo brotar la llama de un encendedor de gas y lo aplicó a la punta del cigarro.

## CAPÍTULO VI

—¿Cuándo fue el tercer intento? —preguntó de nuevo Joan.

—Durante el concierto.

—¿Que concierto?

—Él que se celebró el domingo pasado en el Albert Hall... Fue en el momento en que había comenzado la interpretación de la *Danza macabra*.

—Claro, ¿qué otra cosa podía ocurrirle oyendo eso?

—Señorita Mathison, la *Danza macabra* es una pieza sinfónica de gran calidad... Pero volvamos al intento de asesinato, que estuvo a punto de costarme la vida.

—No me diga que intentaron matarlo con un trombón.

—No, fue con un dardo. Lo dispararon desde detrás de las cortinas del palco que yo ocupaba.

—¿Estaba solo?

—No.

—¿Con quién?

—Con mi amiga *lady* Farago... Es una vieja aficionada a la buena música como yo.

Tiene setenta años y está bastante sorda. Ha de valerse de un aparato electrónico.

—¿Cómo supo usted que le dispararon el dardo?

—Muy sencillo, porque estuvo a punto de darme en el cogote... Me hizo cosquillas en la oreja derecha... Menos mal que fue a clavarse en la barandilla del palco.

—¿Qué hizo usted?

—Cuando vi el dardo clavado, me levanté de un salto. Desgraciadamente, tropecé con la silla y caí al suelo. Perdí un tiempo precioso... *Lady* Farago me preguntó que diablos estaba haciendo... Por fin pude salir al corredor, pero allí no había nadie.

Mi asesino había desaparecido. ¿Lo comprende ahora, señorita Mathison?

—Sí, y todo lo que me ha contado me hace pensar de nuevo en que lo que usted necesita es que lo proteja su famosa policía de Scotland Yard.

—Al diablo con ellos... Cierta vez, siendo yo joven, robaron en casa de mi padre. ¿Y sabe lo que hicieron los flamantes agentes de Scotland Yard? Estuvieron a punto de meterme en la cárcel como sospechoso número uno porque habían encontrado mis huellas en la caja fuerte robada... ¿Qué clase de huellas tenían que haber, sino las de la familia Feeney? Por fortuna, el verdadero ladrón fue detenido cuando intentaba embarcar para Francia. Pero no crea que lo apresó un policía de Scotland Yard. Fue un funcionario de aduanas. Era la época en que nuestros celosos funcionarios registraban para evitar la salida de oro de las islas. El empleado de aduanas encontró un doble fondo en la maleta del ladrón y allí estaban las joyas de mi madre que él había robado de la caja. —¿De quién sospecha concretamente, señor Feeney?

—No tengo preferencias. Puede ser mi hermano William o cualquiera de mis sobrinos.

—Francis no parece un asesino.

—Ya se la ha metido en el bolsillo.

—¿Qué?

—Le resultó simpático a usted, ¿verdad?

A la joven se le colorearon las mejillas.

—De ninguna forma, señor Feeney... Pienso que su sobrino Francis es un... ¿Puedo decirlo?

—Adelante.

—Un tipo fresco. Es lo que me parece, pero de eso a matar, creo que hay bastante distancia.

—Encontraremos la solución en casa de William.

—¿Usted cree que allí volverán a intentarlo?

—No tengo la menor duda, y será decisivo.

—¿Supone que van a conseguir al fin su objetivo de matarlo?

—Es posible, pero si eso llegase a ocurrir, quisiera que el culpable reciba su castigo, y de eso quiero que se encargue usted, señorita Mathison.

—Señor Feeney, creo que espera demasiado de mí... Recuerde,

yo he pasado casi toda mi vida en una granja. Admito que me gustó estudiar desde pequeña y que he leído libros, pero creo que me falta inteligencia para enfrentarme con ustedes los ingleses, que tienen una cultura de siglos.

—Joan, le aseguro que yo nací en el año 1905 —sonrió Jonathan—. Y ahora quiero pedirle un favor. Elíjame media docena de novelas para leer en el campo.

—¿Cree usted que le van a dejar tiempo para leer tantos libros? Oh, perdón, creo que no estuve muy oportuna. ¿Lo ve usted? Soy demasiado impulsiva.

—Creo haberle dicho ya que me gusta esa forma suya de contestar.

—¿Que novelas le elijo, señor Feeney?

—Las que usted quiera. De paso, conoceré su gusto. Yo estaré en el laboratorio, en el sótano. He de recoger algunas cosas que pienso llevarme conmigo.

—Sí, señor.

—Hasta ahora, Joan.

Feeney salió de la biblioteca.

La joven dio un suspiro.

Empezaba a preguntarse si había hecho bien en aceptar el cargo que Jonathan Feeney le había ofrecido.

Demonios, llevaba en la casa apenas dos horas y ya habían ocurrido muchas cosas, demasiadas.

Se acercó a una de las estanterías para elegir los seis libros.

Dickens le gustaba. Era sencillo y emocionante. La mejor obra que había leído de él era *Grandes esperanzas*, y justamente estaba allí.

Apartó también *Rojo y negro*, de Stendhal, *Guerra y paz*, de Tolstoi.

De pronto, oyó un zumbido.

Miró al búho, pero esta vez no habló.

Entonces comprendió lo que era.

Una luz roja se estaba encendiendo y apagando en la pared.

¿Quién habrá puesto en marcha la bombilla?

En la casa sólo estaban el señor Feeney y ella.

Si Bautista hubiese regresado, lo habría sabido.

La bombilla continuaba encendiéndose y apagándose, al mismo

tiempo que producía aquel zumbido.

—¡Señor Feeney...! —gritó No le contestó nadie.

Pero cabía esperar eso, porque el señor Feeney le había dicho que iba al laboratorio para recoger unas cosas.

¡El laboratorio!

Dejó caer la novela *Guerra y paz* en el suelo y echó a correr.

¿Dónde estaba el sótano...?

Dio vuelta a la escalera, pero allí no había ninguna puerta.

—¡Señor Feeney...! —volvió a gritar.

Tampoco obtuvo respuesta.

A la derecha había un hueco. Debía conducir a las dependencias del servicio.

Corrió por un corredor y descubrió un hueco.

Se encontró ante una escalera que estaba iluminada.

Oyó gritos ahogados y sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en las costillas.

Bajó rápidamente los peldaños.

Llegó a una sala donde había mesas con aparatos que ella sólo había visto en el cine, en los laboratorios de los doctores.

Allí estaba el señor Feeney en el suelo, tratando de quitarse algo del cuello.

Su rostro estaba lívido y sus ojos parecían ir a salir, de las órbitas.

Joan se agachó sobre él.

Vio lo que atenazaba la garganta de Jonathan.

Era una cinta de plástico, que se le había hundido en la carne.

—¡El cuchillo! —pudo rezongar Feeney.

Joan vio un cuchillo de hoja afilada sobre la mesa cercana.

Lo tomó y se arrodilló junto a Feeney. Pidió al cielo tener un buen pulso. De lo contrario, ella misma se encargaría de degollar a Jonathan.

Pero acertó a la primera.

La cinta de plástico cayó en el suelo.

El señor Feeney se relajó.

Joan le abrió el cuello de la camisa.

—¡Agua, Joan...!

La joven se acercó a una pila donde había un grifo.

Tomó un vaso y lo llenó rápidamente de agua.

Volvió junto a Jonathan y le hizo beber.

—¿Qué pasó, señor Feeney?

El inventor quedó sentado en el suelo, apretándose la cabeza con las manos.

—El cuarto intento...

—¿Pero cómo lo pudieron hacer?

—Me estaba esperando aquí... No lo vi, surgió a mi espalda... Sólo pude ver sus manos. Se había puesto guantes negros... La cinta de plástico empezó a ahogarme... Traté de librarme de él, pero no pude. Me hizo un nudo y me tumbó en el suelo... Creí que había llegado mi última hora... Justamente ocurrió aquí, donde está el timbre que comunica con el despacho... Es un servicio de emergencia que puse hace años, cuando yo tenía un ayudante... Si me necesitaba, él sólo tenía que apretar el timbre...

—¿Pero por dónde escapó...? Yo bajé por la escalera y no me encontré con nadie.

—Por la otra puerta.

—¿Qué otra puerta?

—La que comunica con la cochera. Mírela, está abierta.

Joan vio una puerta al fondo, a la que se llegaba por la escalera protegida por una barandilla de hierro.

Se puso en pie y echó a andar.

—¿Adónde va, Joan...?

—A buscar a ese hombre.

—Hay una pistola en el cajón de la última mesa.

—No sé cómo se maneja una pistola.

—Al menos, llévela, por si se lo encuentra.

La joven abrió el cajón y sacó la pistola, que era negra y brillante.

Subió por la escalera.

Efectivamente, aquel camino conducía a la cochera. Allí vio un viejo «Rolls Royce».

La puerta del fondo estaba abierta de par en par.

—¿Hay alguien aquí...?

Oyó un ruido detrás del auto.

—Vamos, salga...

No le obedecieron.

—Le advierto que tengo un arma en la mano y que pienso

utilizarla —dijo Joan, mientras se deslizaba junto al coche.

Por fin vio lo que había producido el ruido.

Junto a la pared descubrió a seis felinos, la madre y cinco hijos. Estaban metidos en un cajón.

Joan sonrió mientras abatía el brazo armado.

Encaminóse al jardín y, al llegar allí, miró a su alrededor.

No, nunca podría encontrar al agresor porque ya se había marchado.

Regresó al laboratorio.

Feeney estaba sentado en una silla.

—¿Lo vio, Joan?

—Ni rastro.

—Es una persona muy lista.

Oyeron el ruido de un motor procedente de la cochera.

—Ya está aquí Bautista —dijo Feeney.

Poco después, el criado bajó por la escalera que acababa de cruzar Joan.

Traía el equipaje de la joven.

—Bautista —dijo Feeney—. ¿Te tropezaste con alguien en la calle, quiero decir con alguno de mis sobrinos...? —Sí, señor.

—¿Con quién?

—Con el señor Whipper.

—¿Cuánto hace de eso...?

—Unos minutos... El tripulaba su convertible, ya sabe, el «Alfa Romeo»...

—¡Es él! —exclamó Joan.

—No tenemos pruebas.

—Recuerde que él estuvo aquí, señor Feeney, y a estas horas debería estar muy lejos de la casa. Bautista, ¿se fijó en las manos del señor Whipper...?

—No sé a qué se refiere, señorita.

—Piense en el momento en que lo vio. ¿No llevaba las manos enguantadas sobre el volante? —Sí.

—¿Con qué clase de guantes?

—Negros.

Joan miró triunfante a Jonathan.

—¿Necesita más pruebas?

—Suponiendo que sea él, no puedo hacer nada. He de atraparlo

in fraganti.

—La policía se encargaría de hacerle cantar.

—No, Joan, se puede hacer cantar a un delincuente habitual, pero no a Francis, que estudió en Oxford y que posee una sangre fría realmente notable. Ha participado en muchos safaris en África, y se cuentan hechos extraordinarios de él. No hay nadie como Francis para matar elefantes y rinocerontes, dos de las especies más peligrosas de la selva.

—Sí, y por lo visto, ahora quiere matar a personas, y para ello también tiene la sangre fría.

—Deje de pensar, Joan... Ahora hemos de marcharnos a la casa de campo de William... Estoy seguro de que allí vamos a encontrar la solución a nuestro problema.

## CAPÍTULO VII

—¿Cómo estás, querido Jonathan? —dijo William Feeney.

Era bastante más joven que Jonathan, rondando los cuarenta y cinco. Atlético, fuerte, se cubría con un atuendo deportivo.

—Estoy la mar de bien, William —repuso Jonathan.

William reparó en la joven que acompañaba a su hermano.

—Eh, Jonathan, no sabía que fueses pescador de perlas...

—Es Joan Mathison, mi nueva secretaria.

—La contrato —dijo William, estrechando la mano que Joan le tendía—. Y estoy dispuesto a pagarle el doble de lo que le paga Jonathan, naturalmente si acepta cobrar en bonos de William Feeney.

—Muy amable, señor Feeney, pero soy americana y prefiero cobrar mi sueldo en efectivo..., aunque sea algo menos.

—Espero que cuando termine este fin de semana haya cambiado de opinión. No siempre ha de tenerse en cuenta el vil metal. Hay otros factores. Jonathan es un viejo gruñón y yo un hombre jovial, simpático...

—Pero no tiene abuela.

—¿Cómo...? Oh, sí, qué graciosa, era un chiste. ¿Tomará un martini conmigo...? Los demás invitados están en la terraza.

—¿Ya llegaron Thelma y Francis? —inquirió Jonathan.

—Sólo Thelma. Subió a su habitación. Pero también están aquí Marianne Olbert y Mark Hardin.

—¿Mark Hardin...? —repitió Jonathan—. ¿Cuánto me alegro, hacía mucho tiempo que no lo veía. Lo menos veinte años. También me gustaría ver a Marianne?

—No la vas a reconocer.

—¿Por qué no?

—Adelgazó quince kilos y está tan atractiva como *miss* Universo.

—Ya tengo ganas de verlos.

—Pasemos a la terraza; usted también, señorita Mathison.

Fueron a la terraza.

Un hombre rubio de unos cuarenta y tantos años bailaba con una mujer esbelta, de cabello negro y rostro muy bello. Seguían el ritmo de la música que brotaba de un tocadiscos.

—Eh, muchachos —dijo William—. Interrumpid por un momento vuestro romance y dejad de miraros a los ojos.

La pareja se separó.

—Jonathan —dijo Marianne Olbert—. Estás más joven que la última vez que te vi.

—Me has robado la frase que te iba a dedicar.

Marianne besó en la mejilla a Jonathan.

Mark Hardin le tendió la mano.

—Celebro verte, Jonathan.

—Y yo a ti también, Mark. Te creía en Australia. ¿Has venido a pasar una temporada a la isla?

—No, me quedo. Liquidé mis negocios en Australia. Aquello me cansó.

—Os presento a mi secretaria, Joan Mathison.

Hubo un cambio de saludos.

William ya estaba preparando los martinis.

Entregó los dos primeros a las damas.

—Como anfitrión haré el brindis —dijo William cuando cada uno tuvo su vaso—. Porque este fin de semana sea inolvidable para todos nosotros, incluidos mis queridos sobrinos Thelma y Francis.

Joan rozó con el codo a Jonathan, murmurando:

—No beba eso...

—¿Por qué no?

—Puede estar envenenado.

—Sería la perdición de William —dijo Jonathan, y bebió un largo trago de su martini.

—Señorita Mathison —dijo William—. ¿Quiere bailar?

—Bueno, la verdad es que quería ir a mi habitación para arreglarme un poco.

—Se lo prohíbo. Si usted se pone más bonita, me volverá loco.

—Un baile y me voy.

—Aceptado.

William la tomó por la cintura y se pusieron a bailar.

—¿Dónde estuvo usted escondida, Joan? Si me hubiese dicho en qué lugar encontrarla, habría ido derecho hasta usted.

—Se habría puesto usted muy sucio —dijo Joan, recordando el centenar de cochinos que su tía alimentaba en la granja.

—No me hubiera importado, estoy acostumbrado a las manchas...

—Le comprendo a usted, señor Feeney. Se refiere a que ha pasado muchos apuros económicos...

—Siempre el maldito dinero.

—¿Por qué no sienta la cabeza...? ¿No cree que ha llegado a la edad de hacerlo?

—Joan, no me irá a decir que pertenece al Ejército de Salvación.

—No, pero he empezado a sentir afecto por los Feeney, y me preocupa su futuro.

—Qué maravillosa es, pero debo rogarle que olvide a todos los demás Feeney y se ocupe solamente de mi futuro.

—No puedo concederle esa exclusiva.

—¿Por qué no...? Quizá el suyo y el mío se junten en alguna parte...

—Se acabó el disco —dijo ella y se desprendió del brazo de él.

—Nunca me ha parecido tan corta una pieza.

—¿Cuál es mi habitación, señor Feeney?

—La acompañaré.

—Oh, no, de ninguna forma. Usted debe quedarse con sus invitados.

—Si no encuentra una doncella en el camino, suba la escalera y, una vez arriba, tuerza a la izquierda. Es la tercera habitación.

—Gracias.

La joven no encontró la doncella en el camino y subió la escalera.

La habitación era alegre, acogedora, con una ventana que daba al jardín. Probó el lecho, era blando. Allí estaba su maleta.

Fue al cuarto de baño, que también era espacioso.

Tomó una ducha caliente y, como estaba de buen humor, cantó una canción de Dakota del Norte.

Después de secarse, se envolvió en una toalla y salió al dormitorio.

En aquel momento entró en la habitación una joven de cabello rojizo, muy bonita.

Parecía una modelo de una revista de modas.

—¿No sabe que hay que llamar a las puertas antes de entrar? —dijo Joan.

—Sí, cuando hay una persona dentro.

—Vaya, parece que vino con muchas ganas de pelea.

—Las tengo desde que la escuché a usted por teléfono.

—Fue usted quien empezó la guerra. Recuérdelo, Thelma.

—Oh, sí, se sintió muy ofendida porque la llamé fregona.

—Así fue.

—Está bien, le pido disculpas.

—Tengo la impresión de que eso le cuesta mucho.

—No quiero pelear con nadie durante este fin de semana.

—Estoy de acuerdo.

—¿Será mi amiga, Joan?

—Claro.

—Podía ser otra cosa, una aliada.

Joan entornó los ojos, tomó el paquete de cigarrillos y se lo ofreció a Thelma.

Las dos jóvenes encendieron con la llama del fósforo que Joan prendió.

—¿Para qué debo ser su aliada, Thelma?

—Quiero conseguir de mi tío Jonathan un poco de dinero... Usted acertó cuando hablamos por teléfono, pero el caso es que estoy en un apuro.

—Parece que es la enfermedad de la familia.

—Por favor, no haga chistes a mi costa.

—¿Cuánto necesita?

—Cinco mil libras.

Joan se puso a toser, porque el humo se le fue por otro lado.

Thelma le palmeó la espalda.

—Respire hondo... Debe tener mal los bronquios.

—No son mis bronquios. Fueron sus cinco mil libras. Y usted habló de un poco de dinero...

—Cinco mil libras, no es nada para mi tío Jonathan. Tiene muchos millones... Yo soy una de sus tres herederos... Y según mis cálculos, cuando tío Jonathan muera, no me tocarán menos de

cinco millones.

—Un buen pellizco.

—Como comprenderá, teniendo en cuenta eso, cinco mil libras, es una cifra ridícula.

—Y usted quiere que yo convenza a su tío para que le dé el dinero. ¿Por qué me ha elegido a mí?

—Me dejó muy intrigada que el tío hubiese tomado una nueva secretaria. Cuando peleó con la última hace diez años, juró que no volvería a contratar a otra... Después de hablar con usted, imaginé que usted debía poseer grandes encantos, y ahora que la conozco, admito que los tiene. Para un hombre, usted debe resultar muy atractiva. Es lo que indudablemente mi tío ha visto. Por ello he llegado a la conclusión de que si usted se pone de mi parte, lograré mi propósito y no habré perdido el fin de semana.

—¿Para qué quiere las cinco mil libras?

—No puedo decírselo.

—Entonces, no cuente conmigo.

Los ojos de Thelma centellearon.

—Tiene que ayudarme.

—Y yo le digo que no...

Thelma arrojó el cigarrillo sobre la alfombra y no se preocupó de pisarlo.

Fue Joan la que lo hizo.

—Ya sé lo que pretende, señorita Mathison. No quiere ser mi aliada porque le ha echado el ojo a tío Jonathan... Es eso, ¿verdad...? Ha pensado que puede convertirse en su esposa.

—No he oído mayor tontería en todos los días de mi vida.

—Conmigo no te valen los disimulos, preciosa. Quítate la máscara de una vez... Anda, dime, ¿de dónde saliste?

—Me traje la cigüeña.

—Eres muy ingeniosa... No permitirás que tío Jonathan me dé el dinero, porque eso mermaría tus millones... Los quieres todos para ti, ¿verdad, advenediza?

—Cariño, sal de aquí.

—No vas a conseguir nada, Joan Mathison.

—Eres tú quien te has quitado la máscara, Thelma. Viniste aquí meneando el rabo, tratando de ser amiga mía, pero te advierto que no me la pegaste... He vivido bastante, aunque yo no haya nacido

en una noble cuna inglesa.

—No dudo que has vivido mucho y que sabes cómo conquistar a un hombre. El pobre tío Jonathan lo va a sentir en su carne...

—Entérate de una vez por todas. Soy sólo la secretaria de tu tío. No existe otra cosa ni tampoco existirá. Pero, mientras trabaje para él, me comportaré honestamente en todos los sentidos... Si tengo alguna influencia sobre él, la utilizaré para que nadie le estafe, y eso incluye a los dos Whipper y al buen hermano William.

—¿Es tu última palabra?

—No puedo tener otra.

—Te arrepentirás.

Thelma dio media vuelta y salió de la estancia dando un fuerte portazo.

Joan sonrió exhalando el aire. También había ganado aquel *round*. Pero, ¿cuánto más ganaría?

Debía enfrentarse con tres personas a la vez.

Y con un asesino.

¿Cuál de ellos sería...?

Decidió vestirse.

Se estaba peinando frente al espejo, ya vestida, cuando sonó el teléfono que estaba sobre la mesilla de noche.

Salió al dormitorio y tomó el auricular.

—¿Sí...?

A la otra parte oyó una respiración asmática.

—¿Quién llama? —preguntó de nuevo.

—Hola, señorita Mathison...

Era una voz extraña. Lo mismo podía pertenecer a un hombre que a una mujer, aunque ella apostó que sería un hombre.

—¿Con quién hablo?

—Váyase de ahí... Tome el tren y vuelva a Londres.

—¿Por qué he de hacer eso?

—Usted me indignó mucho...

—¿Por qué le indigné...?

—Impidió que llevase a cabo mi trabajo en el laboratorio... Usted lo salvó, señorita Mathison... No debió hacerlo. A usted no le importaba nada. Usted conoció hoy a Jonathan Feeney...

—Oiga, quienquiera que sea usted, está muy feo eso de ir matando por ahí a las personas... Debería estarse quietecito.

—Señorita Mathison, voy a llevar a cabo mi trabajo porque me lo impuse hace mucho tiempo...

—Sí, ya sé que se lo propuso hace mucho tiempo. Pero sus fracasos debían haberle convencido de que usted, como asesino, es una calamidad. ¿Por qué no se jubila?

—Oiga, señorita Mathison, si se vuelve a cruzar en mi camino, no vacilaré en matarla a usted también...

La persona que estaba a la otra parte del cable, colgó sin agregar nada más.

## CAPÍTULO VIII

Joan también dejó el auricular en la horquilla.

Otra vez se había quedado fría como el hielo.

Naturalmente, le habían hablado desde el interior de la casa, porque aquel teléfono no servía para llamadas exteriores.

Si corría a la terraza, podría descubrir quién no estaba allí.

Es lo que tenía que hacer.

Echó a andar rápidamente y salió de la habitación.

También bajó la escalera sin detenerse.

Por fin llegó a la terraza.

Allí no había nadie.

No había servido de nada su deducción.

Al menos tenía una cosa clara. Que Francis no podía ser, porque no había llegado todavía a la casa.

—¿Qué tal, señorita Mathison?

Se volvió dando un grito.

Allí estaba Francis Whipper delante de ella.

—¿La he asustado?

—Sí... ¿Cuándo llegó...? Me refiero a la casa.

—Hace quince minutos. Me dijeron que usted estaba en su habitación.

—Claro, y entonces usted me llamó.

—Oh, no.

—¿No utilizó el teléfono...?

—Sí, el de la biblioteca. Recordé que me había comprometido con otra chica para este fin de semana.

—Es una pena que no se vaya con ella, pero todavía está a tiempo.

—Oh, no, de ninguna forma; sería cambiarla a usted por ella, y yo, naturalmente, la prefiero a usted.

Francis se dirigió hacia la mesa rodante, donde estaban las

bebidas.

—¿Un *whisky*, Joan?

—No, gracias.

El joven se sirvió una ración. Se volvió hacia la joven.

—Señor Whipper, quiero que sea sincero conmigo.

Francis levantó la mano derecha.

—Lo juro.

—Usted ya consiguió sus cien libras en Londres.

—Sí, eso es cierto. Me libré del acreedor que quería entregarme en manos de la policía. Le aseguro que lo evité por los pelos... Se disponía a llamar a Scotland Yard cuando llegué a su oficina.

—Si ya resolvió su apuro, ¿por qué ha venido aquí?

—Por usted.

—Déjese de tonterías.

—He jurado que le diría la verdad.

—¿Qué valor tiene para usted un juramento?

—Mucho, se lo aseguro.

—Lo siento, no lo puedo creer.

—Quizá cambie de opinión muy pronto.

—¿Cuándo...? Y no vuelva a contestarme con sus frases misteriosas. Ande, explíqueme la otra mitad de la historia.

—En otro momento.

—Ha de ser ahora.

En aquel momento entró Mark Hardin en la terraza.

—Perdonen, si molesto, me voy.

—De ninguna forma, Mark —dijo Francis—. Yo ya me iba. Hasta luego, señorita Mathison.

La joven lo siguió con la mirada hasta que desapareció en el interior de la casa.

Mark Hardin también se preparó su *whisky*.

—Interesante tipo, ¿verdad, señorita Mathison...? Me refiero a Francis.

—¿Lo conoce bien?

—Sí, desde luego.

—Creí oír que estuvo usted ausente mucho tiempo de Inglaterra.

—Sí, es cierto, he pasado los últimos veinte años en Australia. Pero conocí a Francis allí. Ha hecho frecuentes viajes, llevado por su afición a la caza... Entre Francis y yo, nació una buena amistad

que aún conservamos.

—Comprendo. ¿Qué opina de él?

—Es un buen muchacho.

—¿Llama un buen muchacho a un hombre que no trabaja y que vive a costa de otro?

Mark sonrió con benevolencia.

—A Francis se le puede perdonar eso.

—Yo no se lo puedo perdonar a nadie, se llame Francis o Jeremías...

—Creo que tiene una: idea equivocada acerca de Francis.

—¿Equivocada, dice?

—Sí.

—Pues corriámela usted.

—En primer lugar, Francis puede bastarse a sí mismo. Me refiero, desde un punto de vista económico. Sus safaris le producen beneficios... Atrapa fieras vivas, las más peligrosas, que luego vende a parques, circos y zoológicos. Y también se ha contratado a veces como cazador profesional y guía.

—Entonces, ¿por qué le pide dinero a su tío Jonathan?

—Porque cuando abandona África, Australia, o cualquier otro punto donde Francis ha cazado, envía casi todo su dinero a un hospital.

—¿Un hospital...?

—Está en la India, cerca de Nueva Delhi. Francis fue uno de sus fundadores y, desde entonces, contribuye a su mantenimiento. Eso lo saben muy pocas personas... En esta casa, yo soy el único.

—¿Por qué me lo ha contado, Mark?

—Aunque le parezca de mala educación, escuché parte del diálogo que usted había entablado con Francis... La verdad es que los oí y no tuve voluntad para marcharme.

—¿Y por qué Francis mantiene en secreto lo del hospital?

—La razón es muy simple. No le gusta airear sus buenas acciones.

—Ya me resulta más simpático.

—Lo celebro.

—No me refiero a Francis, sino a usted, por haber corregido la imagen que yo tengo de Francis.

—Es una virtud que usted posee, señorita Mathison. No todas las

personas se sienten satisfechas de que les rectifiquen su opinión.

—Siguiendo las confidencias, ¿qué me dice del resto de la familia?

Mark Hardin sonrió.

—Prefiero no opinar.

—Pues ya dijo bastante.

—¿Por qué?

—Si prefiere no opinar, después de haber dicho lo bueno de Francis, es que no tiene nada bueno que decir de los otros.

—Me asusta su lógica, señorita Mathison.

—Ya que no me quiere contar nada de William Feeney y Thelma, cuénteme algo de usted.

—Mi historia es muy corta y no vale la pena relatarla.

—Dígame, al menos, por qué se marchó de Inglaterra.

Mark se quedó muy serio y miró el *whisky* de su vaso.

—Disculpe, señorita Mathison, pero hay ciertos recuerdos que uno quisiera conservar en lo más profundo de su corazón, sin hacer partícipe de ellos a nadie. Sólo puedo decirle una cosa, que cometí una equivocación al volver.

Jonathan Feeney entró en la terraza.

—Hace un tiempo magnífico. ¿No te parece, Mark?

—Sí, creo que va a ser bueno. Tendremos un buen fin de semana... Con permiso, prometí a Marianne acompañarla a dar un paseo hasta el molino.

Mark Hardin salió de la terraza.

Jonathan se acercó a Joan cuando quedaron a solas.

—Ya somos dos, señor Feeney —dijo ella.

—No le entiendo.

—Dos para morir. Me llamaron por teléfono a mi habitación... Era alguien que estaba en la casa... Una voz asmática... Me recriminó por haberle salvado a usted la vida en el laboratorio y agregó que, si no me marchaba de aquí, me mataría...

—Maldito asesino... Joan, tiene que marcharse.

—Oh, no.

—Es lo mejor. Ya estoy arrepentido de haberla contratado.

—Yo no lo estoy de haber ido a su casa...

—Es usted muy valiente. Pero, cuando la valentía raya en la temeridad, es muy peligrosa... Le pagaré cien dólares. Puede tomar

el último tren y llegará a Londres a medianoche.

—Me quedo, señor Feeney.

—No me lo perdonaría si le pasase a usted algo.

—No se preocupe, señor Feeney, sabré guardarme —contestó Joan, pero sintió un escalofrío por la espalda.

Se dijo que debía tener otra razón para quedarse y se preguntó si esa razón no se llamaría Francis Whipper.

## CAPÍTULO IX

Joan se había puesto el camisón.

Sonrió al espejo que le devolvía su imagen.

La cena había transcurrido felizmente.

No, no parecía que alguien tuviese intenciones de cometer un crimen.

Eso le parecía ahora absurdo.

Francis se había sentado a su lado y le contó muchas cosas acerca de los países que había recorrido como cazador.

Ella, naturalmente, no le dijo que conocía la otra mitad de la historia, su secreto con respecto a aquel hospital de Nueva Delhi.

No, Francis no era un asesino. Había acertado en su corazonada.

De pronto se apagaron las luces.

Se volvió a tientas.

¿Qué había pasado?

Bueno, daba demasiada importancia a un simple apagón de luz. Eso también ocurría en Lincolnton, Dakota del Norte, y en Nueva York. Se habría producido una avería en la central o en la red de distribución de energía.

Lo mejor que podía hacer era meterse en la cama. Subió al dormitorio.

Fue entonces cuando oyó el grito.

Era largo, prolongado, como el de un moribundo. Ella chilló también.

Se puso una bata y echó a correr hacia la puerta.

En el pasillo reinaba la oscuridad.

—¡Francis...! —llamó instintivamente.

Sabía que Francis se alojaba en la última habitación del pasillo.

Corrió otra vez, pegada a la pared.

—Francis —dijo, y abrió de un tirón la puerta.

Pero él no estaba. Su cama aparecía sin deshacer. Pensó que

estaría en el baño y corrió allí. Tampoco vio a Francis y regresó al corredor.

Oyó pasos a su espalda y se volvió.

—¿Quién anda ahí...?

—Soy yo. Thelma.

—¿Has oído tú también el grito, Thelma?

—Sí.

—¿Quién fue?

—En el dormitorio de Jonathan.

—Dios mío...

—Vamos, aprisa... Está al otro lado.

William Feeney dejó oír su voz.

—¿Qué es lo que pasa?

—Él tío Jonathan —contestó Thelma—. Ha debido pasarle algo...

Todos echaron a correr.

William les sacó ventaja.

Llegaron ante la puerta y William trató de abrir. Pero estaba cerrada con llave por dentro.

—¡Jonathan! —gritó, mientras golpeaba con el puño—. ¿Estás ahí...? Abre... ¡Abre te digo...!

Pero desde el interior no abrieron la puerta.

William la siguió aporreando.

—Tendremos que derribarla —dijo—. Apartaos.

Retrocedió unos pasos y cargó sobre la puerta.

Ésta crujió, pero no cedió.

William lo intentó de nuevo.

La puerta se abrió bruscamente.

William encendió un fósforo.

—¡Jonathan!

Las dos mujeres entraron tras él.

Joan lanzó un grito.

En la cama había un cuerpo boca abajo, inmóvil.

Los rayos de la luna iluminaron un cuchillo que tenía clavado en la espalda.

—¡Es Jonathan...! —gritó William—. ¡Le han asesinado!

Joan cerró los puños.

El asesino había cumplido su palabra.

Después de cuatro intentos fracasados, al quinto, había conseguido su propósito.

Y Francis Whipper no estaba en su habitación.

Era fácil sacar las conclusiones.

Francis había matado a su tío, pero no había tenido tiempo de regresar a su cuarto.

Thelma se echó en brazos de su tío William.

—Es horrible..., espantoso... Tío Jonathan no merecía este final...

—No, Thelma, no lo merecía. Siempre fue bueno con todos nosotros... Es mejor que salgamos de aquí —dijo William—. Hay que avisar a la policía.

—Espere un momento, señor Feeney —repuso Joan—. La puerta estaba cerrada, ¿por dónde salió el asesino?

Thelma lanzó un grito.

—¡Puede que todavía esté aquí, o escondido debajo de la cama, o en el cuarto de baño!

—Iré por una pistola —dijo William, con voz temblorosa.

—No hace falta pistola —contestó Joan.

Estaba muy furiosa y caminó rápidamente, entrando en el baño.

—No hay nadie... Pero la ventana está abierta... Seguro que el criminal huyó por aquí...

Se asomó debajo de la cama y comprobó que no había persona alguna escondida.

—Salgamos de una vez —dijo William.

Salieron de la habitación y el dueño de la casa cerró la puerta.

Marianne Olbert dejó oír su voz:

—¿Qué es todo este jaleo?

William le respondió:

—Han asesinado a Jonathan.

—Oh, no...

—Sí, Marianne, lo acabamos de ver... Le clavaron un cuchillo.

—Pero ¿quién lo ha hecho?

—No lo sabemos. El asesino huyó por la ventana del cuarto de baño.

Alguien subía por la escalera con un candelabro.

Era Bautista, quien mostraba el camisón por debajo del batín.

—Acabo de oírlo, señor Feeney... Pero no puede ser verdad. El

señor no puede estar muerto...

—Lo siento, Bautista. Sé cuánto apreciabas a mi hermano.  
Otro criado llegó por detrás de la escalera.

—Bertol —dijo William—. ¿A qué se debe este apagón de luz?

—No lo sé, señor, pero los plomos están bien, lo he comprobado.

—Pregunta a la central.

—Sí, señor.

El criado descendió la escalera.

Marianne preguntó:

—¿Dónde están Francis y Mark Hardin?

Thelma miró a Joan.

—La señorita Mathison comprobó que Francis no está en su cuarto.

—¿Alguien ha ido a la habitación de Mark?

—No.

—Iré yo —dijo Marianne. Era tres puertas más allá.

Marianne Olbert golpeó la puerta con los nudillos y, al no recibir respuesta, abrió.

Bautista la había acompañado con el candelabro y entraron en la habitación.

Los dos volvieron a salir.

—Mark Hardin tampoco está —anunció Marianne.

—Bueno, creo que de momento no debemos preocuparnos de eso —contestó William—. Propongo que vayamos a la biblioteca. Desde allí llamaré a la policía. No podemos perder un minuto más. Todos estuvieron conformes.

Precedidos por Bautista, bajaron la escalera y se introdujeron en la biblioteca.

Bertol acababa de colgar.

—Señor Feeney, en la central no ha habido ninguna avería —informó—. Creen que se trata del cable que trae la energía a la casa. Dicen que lo repararán cuanto antes. Han enviado dos operarios.

—Sí, gracias.

William discó el número de la policía.

—¿Sargento Flynn...? Soy William Feeney... Le tengo que molestar por un triste suceso... Han matado a mi hermano... Sí, sargento, estaba pasando conmigo el fin de semana... Ha ocurrido hace muy poco... Oímos un grito... Un cuchillo... Desde luego, está

en su habitación, sobre la cama... Sí, sargento, no hemos tocado nada... Gracias, sargento... Le espero...

William dio un suspiro y colgó.

Sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

—No deseo a nadie esta experiencia.

Las mujeres ocupaban sillones.

—¿Quieren algo los señores? —inquirió Bautista.

—Sí, Bautista —contestó William—. Prepara té.

—En seguida, señor...

Bautista salió de la biblioteca.

Marianne sacó una pitillera del bolsillo de su bata.

Joan no quiso fumar, pero Thelma aceptó el cigarrillo.

La situación entre ellos era embarazosa.

Nadie se atrevía a hablar.

Se había cometido un asesinato y dos invitados no estaban en sus habitaciones.

¿Quién había matado a Jonathan Feeney...? ¿Francis Whipper...? ¿O había sido Mark Hardin...?

Los minutos transcurrieron pesadamente.

Se oyeron pasos en el vestíbulo. Se encaminaban a la biblioteca.

—Bautista nos trae el té —dijo William, para romper el ominoso silencio—. Creo que nos vendrá bien antes de que llegue la policía.

Se abrió la puerta.

Todos miraron hacia allá.

Thelma Whipper dio un grito.

Marianne también chilló.

—¡Señor Feeney...! —exclamó Joan.

Sí, era Jonathan Feeney quién estaba en el hueco de la biblioteca.

## CAPÍTULO X

Todos se habían quedado inmóviles.

Jonathan terminó de entrar en la estancia.

Se levantó del sillón y acudió al encuentro del aparecido.

—¡Señor Feeney..., le hemos dado por muerto...!

—Estoy bien vivo.

—¿Entonces, el muerto?

—Es Mark Hardin.

—Pero, ¿por qué él estaba en su habitación?

—Yo la cambié con Mark... Fue idea suya... Dijo que aquel dormitorio tenía un valor sentimental para él.

—¿A qué se refería?

—No lo sé. Quise ser discreto y le dije que podía ocuparla.

—Entonces, usted se fue a la de Mark Hardin.

—Sí.

—Pero usted no estaba allí tampoco...

—Salí a dar un paseo por el jardín. Luego, me llegué hasta el río.

No tenía sueño... Al volver, entré por la cocina, encontré a Bautista y me lo contó todo... —se apretó las sienes con la mano—. Es espantoso... Mark Hardin ha muerto, pero estoy seguro de que era a mí a quien estaba destinado ese cuchillo.

Dejó colgar la mano y su rostro se transfiguró.

Miró con ojos chispeantes a William.

—Tú me querías matar.

—¡No, Jonathan! ¡Tú no puedes pensar eso de mí!

—Mataste a Mark por equivocación.

—¡Te repito que es absurdo! ¡No tengo el menor deseo que mueras!

—Mientes. Tienes un gran deseo. Sólo así podrás tener tu parte en la herencia. Seis millones de libras esterlinas.

—Jonathan, te has portado siempre bien conmigo... No me das

todo el dinero que necesito, pero debo confesar que me has resuelto muchos problemas. Si yo te matase sería un reptil.

—No te creo, William.

—Lo siento, pero no te puedo decir nada más.

Jonathan volvió sus ojos hacia Thelma.

—¿Qué dices tú, pequeño escorpión?

La pelirroja levantó la barbilla.

—¡No estoy dispuesta a que me insultes! ¡Soy inocente!

—Dejaste de serlo hace mucho tiempo.

—Es un sarcasmo muy desagradable, tío.

—¿Dónde está tu hermano?

—Tampoco estaba en su cuarto.

William exclamó:

—Tengo la impresión de que él es el culpable.

—¡No puedes acusarle! —gritó Thelma—. ¿No has oído a tío Jonathan, que dice haber ido a dar un paseo y luego se llegó hasta el río? ¿Por qué Francis no pudo hacer lo mismo?

—Sí, es posible.

—¿Has avisado a la policía, William? —preguntó Jonathan.

—Sí, hablé con el sargento Flynn.

—¿El sargento Flynn? ¿Todavía está por aquí? Es un incompetente.

—Vendrán otros.

—Sí, y también se hará publicidad. A vosotros no os molesta, no tenéis nada que perder.

—No creo que a ti te perjudique mucho, Jonathan. Tu fortuna es saneada. Hiciste siempre buenas inversiones.

—Parece que estás muy enterado de lo que he hecho con mi dinero.

—Tú mismo me lo has contado a veces. ¿O es que ya no lo recuerdas?

En aquel momento vino la luz.

—Es un respiro —dijo Marianne Olbert.

Joan Mathison se dirigió a la puerta.

—¿Dónde va? —preguntó Jonathan.

—Me ahogo aquí dentro. Quiero ir al jardín.

Intervino Marianne Olbert:

—Querida, ¿no tiene miedo?

—Un poco, pero quizá allí se me quite.

—Ustedes, los americanos, son el espíritu de la contradicción.

Joan salió de la casa.

El porche estaba iluminado. Descendió los escalones y caminó por la derecha, justamente hacia la ventana de la habitación donde Mark Hardin se había citado con la muerte.

De repente, oyó un gemido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

No le contestó nadie.

Dio tres pasos hacia la pared.

Junto a un seto vio a Francis Whipper que se incorporaba frotándose la cabeza.

—Ah, hola, Joan...

—Es usted un asesino muy torpe.

—¿Qué dice?

—Se equivocó de víctima.

—No la comprendo, Joan.

—Quiso asesinar a su tío, Jonathan, pero mató a Mark Hardin.

—¿De qué habla?

—Ande, hágase el tonto.

Francis se apoyó en la pared.

—Estaba fumando un cigarrillo aquí, cuando alguien me golpeó por detrás y perdí el conocimiento.

—¿Espera que alguien crea eso?

Francis fue a acercarse a la joven.

—¡Párese o grito!

—Sólo quería que pusiese la mano sobre mi cabeza para que comprobase el chichón que tengo.

—Claro, ya sé que tiene un chichón y también sé cómo se lo hizo.

—¿De veras? ¿Cómo?

Joan levantó el brazo y señaló la ventana que correspondía al cuarto de baño. Estaba abierta.

—Quiso escapar por aquí para llegar a su habitación, perdió el equilibrio y cayó.

—Es usted muy lista.

—Me ha decepcionado profundamente, señor Whipper. No lo creí capaz de cometer un asesinato, sobre todo después de lo que

me dijo Mark Hardin.

—¿Qué es lo que le dijo Mark Hardin?

—Lo que usted ha hecho por ese hospital cercano a Nueva Delhi. Francis cerró fuertemente los ojos y los volvió a abrir.

—Entonces, ¿no me ha engañado? Asesinaron a Mark Hardin.

—Sí, señor Whipper, y fue usted quien lo mató.

—No diga tonterías. Nunca mataría a nadie.

—Mata animales.

—Me refería a las personas.

—Se acostumbró tanto a sus safaris que esta noche decidió organizar uno por su cuenta.

—Joan, comprendo que no me crea, pero le aseguro que nada tengo que ver con esa muerte... Las cosas ocurrieron tal como le he contado. Vine aquí sólo a fumar un cigarrillo.

Tenía que pensar algo.

—Dígame ahora que tenía que pensar en mí.

—No, debía decidir con respecto a una oferta que me han hecho... Se trata de una firma de cazadores de fieras. Quieren contratarme. El sueldo es bueno y tendré una prima por cada pieza cobrada... No contesté afirmativamente todavía porque el contrato es por cinco años. Nunca me ha gustado obligarme por tan largo plazo. Pero ese hospital de Nueva Delhi está pasando por una grave situación. Debido a las lluvias han sufrido inundaciones. Un ala del hospital se vino abajo... No tiene camas ni medicinas. En fin, no quiero continuar.

Joan estaba confusa.

Francis hablaba con sinceridad.

¿O sería un gran actor y sólo estaba interpretando un papel?

Al fin y al cabo, ahora se enfrentaba con ella, pero dentro de un rato tendría que dar explicaciones a la policía, y de acuerdo con las circunstancias de cada persona que se encontraba en la casa, Francis sería el candidato número uno para ocupar el puesto del asesino.

—Creo que no sólo es el hospital el que está en mala situación, Francis.

—Entiendo. Usted piensa que la policía me señalará a mí.

—No tengo la menor duda.

—Lo peor es que el sargento Flynn me tiene antipatía.

—¿Por qué?

—Por mi fama de mujeriego. Es un hombre pequeñajo, gordo como un barril, un desastre para las mujeres.

—Su tío William ha dicho que no es muy inteligente.

—En eso tiene razón.

La joven dio un suspiro.

—Lo malo es que no tenemos a nadie para hacerle la competencia a usted.

Se oyó el motor de un coche.

—Ya está ahí el sargento Flynn —dijo Francis.

—Será mejor que volvamos a la casa.

—Un momento, señor Whipper.

—¿Qué pasa, Joan?

—¡Tienen que ser dos!

—¿A qué se refiere?

—Naturalmente, a los asesinos.

—¿En qué se basa para decir eso?

—Es la mar de sencillo... Usted dice que lo dejaron sin sentido.

—Sí.

—No podían dejarlo sin conocimiento estando usted aquí, cuando el crimen se tenía que cometer en una habitación del piso. ¿Lo entiende? Usted sólo molestaba la huida del criminal. Fue un trabajo en colaboración. Uno le golpeó a usted y el otro mató a Mark Hardin, creyendo que era su tío Jonathan...

—Hay un fallo.

—¿Dónde?

—Quizá el asesino me habría dejado sin sentido en cualquier parte.

—¿Cómo?

—También es la mar de simple. Necesitaba que yo estuviese sin conocimiento para que me achacasen el crimen.

Joan dejó correr unos segundos y dijo:

—O sea que, según usted, le golpeó el propio criminal antes de cometer el asesinato.

—Yo diría que sí porque lo más importante para él es lo que acabo de decirle, que yo cargase con la culpa.

Unos faros apuntaron hacia la casa.

El automóvil policíaco avanzó rápidamente.

—Venga y conocerá al sargento Flynn, Joan.

## CAPÍTULO XI

—¡Confiese, señor Whipper, usted lo mató! —exclamó el sargento Flynn, apuntando a la cara de Francis.

Joan se dijo que Francis había hecho una buena descripción del sargento Flynn. Era un auténtico barril con cabeza afechinada.

El sargento había llegado acompañado de dos agentes. Uno se llamaba Thomas Loder y el otro Weldon Dee.

—No, sargento —contestó Francis, con voz paciente—. Ya le dije todo lo que ocurrió.

—¿Quién va a creer esa historia de fantasmas?

—No me golpeó un fantasma, sargento. Usted mismo ha comprobado que tengo un chichón en la cabeza.

—Un chichón que se hizo cuando cayó de la ventana al pretender huir de la habitación donde había matado a Mark Hardin.

En aquel momento entró el agente Thomas Loder.

—Sargento, en la ventana del cuarto de baño no hay huellas dactilares.

Francis sonrió.

—¿Qué dice a eso, sargento?

—Naturalmente, usted utilizó guantes o las borró con un pañuelo.

—Muy bien, sargento, acúseme del asesinato de Mark Hardin y yo lo cubriré de ridículo.

El sargento apretó los dientes rabioso.

—Señor Whipper, ya sé que no tengo ninguna prueba hasta ahora, pero la tendré muy pronto, se lo aseguro. Tocios los asesinos terminan traicionándose.

—Lee demasiadas novelas, sargento.

—¡No le consiento que se insolente, señor Whipper!

—Disculpe, sargento.

—Le aconsejo que se meta en su dormitorio y no salga.

—¿Ni siquiera para desayunar?

—Sí, señor Whipper, puede desayunar y por mí puede hacerlo ahora mismo.

—No acostumbro a desayunar antes de las nueve de la mañana. Ahora sólo quiero dormir.

—Ande, duerma con la conciencia tranquila.

—Haré todo lo posible.

Francis hizo una inclinación de cabeza a todos los presentes.

—Buenas noches —dijo, y se retiró de la biblioteca, donde el sargento estaba llevando a cabo su encuesta.

El sargento se rascó una patilla mientras se acercaba a Joan Mathison.

—Así que es usted americana...

—Sí.

—Sargento —intervino Jonathan Feeney—, yo respondo por esta joven.

—Perdone, señor Feeney. Ahora que el señor Whipper no está aquí, puedo, decirles que es de él de quien sospecho. Está claro que quiso matarlo a usted, señor Feeney, y en este caso se dan todas las circunstancias que se requieren para acusar a un hombre. ¿Motivo? Heredarle a usted, señor Feeney. ¿Oportunidad? También la tuvo, puesto que ha sido la única persona que no ha podido justificar su tiempo. Por añadidura, hemos de agregar que la señorita Mathison lo encontró justo bajo la habitación de la víctima.

El sargento terminó su brillante disertación con una sonrisa.

Dirigió una mirada a sus subordinados para que éstos comprendiesen que tenían un jefe muy listo.

—Creo que está claro —remachó.

Marianne Olbert dijo:

—Sargento, suponiendo que esté en lo cierto, ¿de qué forma se va a valer para presentar una prueba contra Francis?

En aquel momento entró el agente Weldon Dee acompañado por Bertol.

—Sargento, Bertol quiere decirle algo.

—¿Qué pasa, Bertol?

—¿Qué pasa con el cuchillo?

—Pertenece a la cocina... La señora Lewis, la cocinera, lo utiliza para trincar el pollo.

—Pues esta vez sirvió para trincar a un ser humano.

El deleznable chiste del sargento no fue celebrado por nadie, ni siquiera por sus subordinados.

—Eso puso triste a Flynn y en seguida quiso rectificar.

—¿No le echó de menos la cocinera?

—No, señor —contestó el criado.

—¿Y usted, Bertol?

—Yo tampoco, sargento. Ya le he dicho que es ella quien lo maneja. El agente Dee llevó el cuchillo a la cocina y, bueno, la señora Lewis lo identificó en seguida. Entonces me di cuenta de que, efectivamente, pertenecía a uno de los juegos de cuchillos de la señora Lewis.

—¿Quién estaba en la cocina cuando ocurrió el crimen?

—Nadie, sargento. Todos nos habíamos retirado a nuestras habitaciones.

Flynn sonrió frotándose las manos con suavidad.

—Creo que ahora las cosas están mucho más claras. Escuchen y verán... Francis Whipper salió a dar su supuesto paseo, pero fue a la cocina. Atrapó el cuchillo y subió la escalera de nuevo, dirigiéndose a la habitación donde creyó encontrar a su tío Jonathan. Naturalmente, Francis ignoraba que Mark había cambiado la habitación con Jonathan Feeney... Entró allí subrepticamente, lo apuñaló por la espalda y escapó por la ventana del cuarto de baño. Pero resbaló y cayó, se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento...

Ahí lo tienen todo.

—No, sargento, no está todo —dijo Joan.

—¿A qué se refiere? —A la luz.

—¿Qué luz?

—A la de la casa. Se apagó unos minutos antes \*\*\* NO HAY \*\*\* que se cometiese el crimen.

El sargento arrugó el ceño.

—No hubo ningún apagón en el pueblo.

—Pero aquí sí, sargento.

—Entiendo. El asesino estropeó los fusibles.

—No, sargento; Bertol le dirá que los plomos estaban perfectamente.

—Entonces, ¿qué diablos fue. Bertol?

—Fue una avería exterior. Llamé a la compañía de luz y me

dijeron que enviaban inmediatamente dos operarios. Efectivamente, la arreglaron.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que se fue la luz hasta que volvieron a darla?

—Una media hora.

—Bueno, eso quiere decir que fue casual. No se pueden ustedes imaginar el número de coincidencias que se dan en los crímenes. Nosotros, los policías, nos calentamos la cabeza para encontrar respuesta a muchas cosas que nos parecen inverosímiles, hasta que, por fin, nos damos cuenta de que no tienen nada que ver con el hecho que investigamos. Son simples coincidencias.

Se oyó llegar un automóvil.

—Sargento, es la furgoneta que viene a llevarse el cadáver —dijo Loder.

—Está bien, ocúpate de eso.

Después que el agente Loder hubo salido, el sargento Flynn se dirigió al dueño de la casa:

—Señor Feeney, debo informar a los familiares del señor Hardin.

—Yo sólo le conozco un primo. Se llama Anthony Kerrighan y vive en Londres. Podrá encontrar su dirección en la guía. El señor Kerrighan es dentista, y por cierto con muy buena clientela.

—De acuerdo, hablaré con Kerrighan y él me informará si hay más familiares. Bien, señores, yo me retiro. Les informaré sobre la encuesta del «coroner». Dejaré en la casa un agente. Imagino que el señor Whipper se estará ahora quietecito... De todas formas, señor Feeney, me ofrezco para llevarlo al pueblo. Puede hospedarse allí en el hotel.

—No, gracias, sargento, continuaré aquí. Y si alguien quiere matarme, que lo intente.

La próxima vez se ganará un par de balas de mi revólver.

Cada cual regresó a su habitación.

Cuando Joan se encontró a solas en la suya, encendió un cigarrillo.

No, ella no estaba conforme con las conclusiones del sargento Flynn.

«Claro que no, Joan; tú no puedes estar conforme porque el sargento acusa al hombre del que te has enamorado». Se quedó boquiabierta.

¿Ella enamorada de Francis Whipper?

Oh, no, eso no podía ser.

¿Por qué no, si ella era una mujer y él un hombre?

«Muy bien, Joan, vamos a suponer que es cierto, que te has enamorado de Francis Whipper. Despídete de él, porque le van a meter en la cárcel de un momento a otro. ¿Qué pasará cuando no encuentren a otro sospechoso? Naturalmente, es difícil sorprender a un hombre en el momento que acuchilla a otro. Si sólo castigasen a los que pillan in fraganti, las cárceles estarían vacías...».

De pronto, recordó algo. Lo que le había dicho Mark Hardin. Tenía ciertos recuerdos que quería conservar en lo más profundo de su corazón y no quería hacer partícipe de ellos a nadie. Pero había cometido una equivocación al volver a Inglaterra.

¿A qué se refería Mark Hardin?

Imaginaba que nadie en la casa podría contárselo.

Pero en Londres había una persona que quizá la ayudaría.

Aquel primo, Anthony Kerrighan, el dentista con buena clientela.

Tenía que hablar inmediatamente con él.

No, no podía esperar a que naciese el nuevo día.

Caminó hacia la puerta y la abrió sigilosamente.

En el corredor reinaba una semipenumbra porque había una luz encendida cerca de la escalera.

Salió y cerró la puerta a su espalda.

Produjo un suave chasquido y se asustó.

No quería que nadie supiese lo que iba a hacer.

¿Y si el policía estaba abajo?

Se deslizó con los pies desnudos sobre el piso de madera hasta llegar a la esquina.

Miró por entre los barrotes de la balaustrada.

El vestíbulo también estaba iluminado, pero no se veía a nadie.

Bajó poco a poco, con calma, mirando por todos los rincones.

¿Y si el agente había decidido hacer su guardia en la biblioteca?

Entonces, su plan quedaría arruinado.

Recorrió la distancia que la separaba de la habitación a que se dirigía.

Puso la mano en el tirador y lo hizo girar.

Decidió entrar de improviso.

Si el policía estaba allí, le diría que se había llegado por un libro porque el terrible suceso la había desvelado.

Pero en la biblioteca no había nadie.

Ahora se dio cuenta de que había estado en tensión durante los últimos minutos, porque todo su cuerpo se relajó.

Apoyóse en la puerta un rato, hasta que se recuperó.

En un mueble encontró la guía de Londres y se puso a buscar entre los Kerrighan.

Al fin lo encontró. Anthony Kerrighan, dentista.

—Señorita —dijo por el micro—, quiero Londres, por favor, éste es el número.

Se lo dio.

—No se retire... Le pongo...

—Gracias.

Oyó a la otra parte el zumbido de la señal. Una, dos, tres veces...

Al fin descolgaron y una voz somnolienta, dijo:

—¿Quién es?

—¿Anthony Kerrighan?

—Sí. ¿Quién llama?

—Usted no me conoce, señor Kerrighan. Soy Joan Mathison. Estoy pasando unos días en el domicilio del señor Feeney... ¿No ha hablado con usted la policía?

—¿La policía? ¿Por qué tenía que hablar conmigo la policía?

—Siento darle una mala noticia, señor Kerrighan. Su primo, Mark Hardin, ha sido asesinado.

A la otra parte no oyó nada.

—Señor Kerrighan, ¿sigue ahí?

—Sí, pero su noticia me ha impresionado mucho. Vi ayer a Mark. Estuvo en mi gabinete, era un hombre lleno de salud. ¿Quién le ha matado?

—No se sabe, señor Kerrighan, aunque el policía que hable con usted, el sargento Flynn, le dirá que todas las sospechas recaen sobre Francis Whipper, el sobrino de Jonathan Feeney.

—He oído hablar de Whipper. Era amigo de Mark. ¿Por qué lo iba a matar?

—Supuestamente, Francis quiso matar a su tío Jonathan. Pero resulta que su primo.

Mark cambió de habitación con el señor Feeney. Hubo un apagón de luz antes del crimen y el asesino se confundió de víctima.

—¿Y dice usted que no está conforme con las sospechas del sargento?

—No, señor Kerrighan.

—¿Por qué?

—De eso quería hablarle. He pensado que quizá alguien tendría interés en matar a Mark Hardin.

—La entiendo a usted.

—¿Qué me puede decir acerca de eso?

—Lo siento, pero Mark sólo llegó hace un mes a Inglaterra después de una estancia de veinte años en Australia. Siempre tuvo sus negocios allá... No, señorita Mathison. Me resulta difícil creer que alguien en Inglaterra quisiese matar a Mark.

—Sin embargo, tengo la impresión de que su primo se marchó de las islas hace veinte años por alguna razón importante.

—Sí, eso es cierto.

—¿Cuál fue esa razón?

—Murió la mujer que Mark amaba.

—¿Quién era ella?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Mark nunca me lo dijo.

—¿Ni siquiera ahora, cuando regresó?

—No, tampoco ahora.

—Perdone, señor Kerrighan, pero quizá usted, movido por la curiosidad, investigó algo. Quiero decir que quizá descubrió la identidad de esa mujer.

—Habría investigado de buena gana, pero yo no tenía ningún dato.

—¿Por qué Mark iba a guardar un misterio tan grande con respecto a esa mujer?

—Lo ignoro, señorita Mathison.

—Yo tengo una respuesta, señor Kerrighan.

—¿Usted?

—¿Por qué un hombre guarda silencio con respecto al amor que siente por una mujer? Sólo por salvar su honor.

—¿Supone usted que ella era casada?

—Exactamente, señor Kerrighan.

—Caramba, ¿sabe que es cierto? Ahora me parece lo más sencillo del mundo, pero la verdad es que soy muy torpe en mis relaciones humanas. Lo soy tanto que nunca me casé.

—Señor Kerrighan, ahora que podemos imaginar el motivo de la marcha de Mark de Inglaterra, ¿podría hacer algo por averiguar la identidad de ella? No le debe resultar difícil. Todo consiste en investigar entre las mujeres casadas que murieron alrededor de la fecha en que Mark decidió marcharse a Australia.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Mathison?

—Desde luego.

—¿Es usted detective?

—Oh, no.

—Sus conclusiones son desconcertantes por lo sencillas y lo inteligentes.

—Gracias, señor Kerrighan, es usted muy amable.

—Cuenta con que voy a investigar eso, señorita Mathison.

—Procure darse prisa, ¿quiere?

—Desde luego.

—En cuanto sepa algo, por favor, llame aquí, a casa del señor William Feeney y pregunte por mí. Pero, por favor, no de su nombre. No quiero que sepan que usted y yo estamos en relación.

—¿Qué nombre quiere que dé para que sepa que soy yo?

—Johnny Bell.

—Muy bien. Seré Johnny Bell para usted.

—Buenas noches, señor Kerrighan, y suerte.

Joan colgó.

Bien, ya estaba hecho.

Pero ¿adónde iría a parar con aquello?

¿Quizá a la solución del caso? ¿O sería un esfuerzo inútil?

¿Para qué calentarse ahora la cabeza? Tenía mucho sueño.

De pronto, oyó un ruido.

Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo.

En la biblioteca no había nadie.

Entonces comprendió que el ruido había venido de la puerta.

¡Alguien la había estado escuchando!

Dudó unos instantes.

No sabía si correr hacia la puerta y tratar de descubrir al espía o

quedarse quieta.

Al fin se decidió a abrir la puerta.

Caminó hasta allí y la abrió de un tirón.

En el vestíbulo no había nadie.

Había perdido la oportunidad.

Subió otra vez la escalera, tan silenciosamente como antes.

¿Y si alguien la estaba esperando en el recodo?

En cuanto apareciese, el asesino se lanzaría sobre ella y le hundiría un cuchillo en la carne, lo mismo que a Mark Hardin.

Se detuvo, tratando de oír una respiración, pero todo seguía en silencio.

Entonces subió los peldaños que le faltaban, arrimada a la barandilla.

Llegó a lo alto y nadie apareció en la esquina.

Bueno, ¿y si todo era una ilusión suya? ¿Y si aquel ruido que había oído en la biblioteca sólo había existido en su mente?

Caminó hacia su habitación.

Se detuvo antes de entrar.

¡El asesino la estaría esperando allí dentro!

¿Cómo no lo había comprendido antes?

¿Otra vez iba a empezar?

No podía ponerse a dar gritos... ¿O se decidiría a dormir en la escalera? Qué cosa más absurda.

Abrió con decisión la puerta y penetró en su cuarto.

Sonrió.

No había nadie.

Fue al cuarto de baño y dio vuelta al conmutador de la luz.

También el cuarto de baño estaba vacío.

«Estupendo, Joan, nadie te está esperando, pero, ¿y si estuviese debajo de la cama?». Sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Naturalmente, no podía acostarse sin mirar debajo del lecho, o después de apagar la luz una mano subiría hacia su cuello y la atraparía.

Se retiró hacia la puerta y se agachó rápidamente.

Tampoco debajo de la cama había nadie.

Bien, ya había terminado el examen completo. Debía sentirse satisfecha.

Podía acostarse tranquila y dormir.

Se sentó en el borde de la cama y se quitó las chinelas.

Entonces sonó el teléfono.

Dio un grito.

La campanilla del teléfono seguía sonando.

Sería Jonathan Feeney, o quizá Francis...

A los dos les preocupaba cómo se encontraba.

Descolgó.

—¿Sí?

A la otra parte oyó una respiración asmática.

## CAPÍTULO XII

—Señorita Mathison, ha cometido usted un grave error —dijo la voz que ya conocía.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que lo sabe.

—Dígame qué error es ése.

Hubo un silencio interrumpido por aquella respiración de hombre cansado.

—Ha hablado con Londres, señorita Mathison.

—¿Por qué iba a hablar con Londres? No conozco a nadie allí.

—No se haga la tonta, habló con el señor Kerrighan, ese dentista, el primo de Mark Hardin.

—Oh, sí, le llamé para pedirle hora. Tengo una muela con caries. Ya me dijeron en Lincolnville, Dakota del Norte, que me la empastase. Pero soy muy descuidada, señor...

¿Cómo dijo que se llamaba?

—Deje de hablar como una cotorra.

—Usted preguntó y yo le contesté.

—No le pregunté nada, porque lo sé todo.

—Que se cree usted eso. Apuesto a que no sabe algo. —¿Qué cosa?

—Que la policía lo atraparé.

El hombre soltó una carcajada que pareció el resoplido de una vieja cafetera.

—¿Dónde está la gracia? —inquirió Joan.

—En lo que usted dice, señorita Mathison. ¿Cree quizá que el sargento Flynn me va a cazar?

—Estoy segura de ello.

—No, señorita Mathison, nadie me atraparé... Y menos que nadie, el sargento Flynn...

Mi próximo crimen también quedará impune.

—¿Su próximo crimen...? ¿A quién va a matar?

—A usted.

—¡Qué tontería...! ¿Es que no me ha visto...? Estoy muy delgada. Hay otras mujeres que le gustarán más.

—Me pregunto si es usted estúpida o se lo hace.

—Soy estúpida, señor... Se lo juro, y sería completamente absurdo que usted se manchase las manos de sangre matando a una estúpida.

—Sólo existe una forma de que se salve... ¡Márchese!

—Sí, señor...

—Mañana, en cuanto amanezca, se irá de la casa.

—Desde luego, me iré.

—Le deseo felicidad, señorita Mathison...

—Y usted que no lo vea.

A la otra parte, colgaron y Joan también lo hizo, aunque muy lentamente.

Ya había recibido la segunda amenaza y esta vez era concreta, muy concreta. La iban a matar...

¿Quién le iba a decir a ella, cuando estaba en la granja de la tía Lois, que acabaría sus días en una magnífica residencia campestre de la ilustre Inglaterra?

Oh, no, no acabaría allí.

Era muy joven para morir.

La vida era maravillosa.

Pero ¿cómo marcharse y dejar que el asesinato de Mark Hardin quedase impune?

Sintió frío y se acostó. Pero se levantó de un salto al recordar que todavía no había cerrado la puerta con llave.

De ninguna forma se arriesgaría a que el asmático criminal se llegase allí para darle un susto.

Quizá él se podía arrepentir y decirse que no debía concederle aquel plazo hasta el día siguiente.

Debía dormir.

Pero, ¿por qué el asesino la había amenazado ahora?

Eso le hizo recordar que no habían hablado del error, del cambio de víctima.

El criminal mató a Mark Hardin por Jonathan Feeney.

Sin embargo, ella había recibido aquella segunda llamada

anónima después que habló con Kerrighan y el asesino le dijo que con aquella llamada a Londres había cometido un grave error.

Se sintió emocionada pensando que quizá había dado con la clave del enigma.

A Mark Hardin no lo habían matado por equivocación. ¡Lo habían hecho convencido de que era él y no otra persona!

Bostezó.

Ahora sí que tenía sueño.

Apagó la luz y no tardó en dormirse.

Eran las nueve de la mañana.

Joan salió a la terraza.

Sólo estaba allí Jonathan Feeney.

—¿Cómo descansó, Joan...?

—Dormí bastante bien, después de lo ocurrido.

—Yo, apenas pegué un ojo, aunque tomé todas las seguridades. Tenía la impresión de que Francis llegaría a mi lado después de traspasar las paredes.

—¿También piensa usted como el sargento Flynn?

—No estoy muy seguro, ¿pero quién otro puede ser?

—Sí, me temo que aciertan. De todas formas, no yo veré el final.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero presentarle mi renuncia, señor Feeney.

—No hablará en serio.

—Sí, señor, me voy a ir.

—Ya comprendo, está asustada.

—Un poco.

—Usted no tiene por qué temer nada, Joan.

—Lo siento, señor Feeney, pero he de preocuparme por mi persona necesariamente... El asesino me llamó anoche para decirme que me mataría si no me marchaba hoy mismo.

Jonathan hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo es posible?

—Al parecer, no le resulto simpática.

—Llamaré inmediatamente al sargento Flynn y le pediré que encarcele a Francis...

—Oh, no puede hacer eso.

—Claro que puedo, ¿cree que voy a dejar que la amenace a usted?

—Pero, ¿v si no fuese Francis, a pesar de todo...? Tengo que decirle alero a ese respecto. El asesino sufre de una afección asmática.

—¿No se da cuenta de que podría estar simulando?

—Sí, es cierto, pero si lo disimulaba, lo hacía muy bien.

—Joan, usted es una magnífica muchacha. He tenido una gran suerte en encontrarla. Hace algún tiempo decidí prescindir de secretarías, pero ahora usted me hace cambiar de opinión con respecto a ellas.

—Señor Feeney, debo recordarle que nunca he sido secretaria de nadie.

—No importa. El caso es que yo me encuentro muy a gusto a su lado.

Feeney tomó una mano de la joven.

—Le ruego que se quede.

—Pero, ¿y la amenaza del asesino...? En aquel momento oyeron la voz de Francis: —Buenos días.

Jonathan volvió la cabeza bruscamente.

—¿Qué haces aquí, Francis...?

—El sargento no me castigó a quedarme sin desayuno y tengo un hambre feroz.

—¿Cómo puedes tener hambre, después de lo que has hecho?

—Querido tío Jonathan, yo no he hecho nada. Salvo recibir un tremendo golpe en la cabeza.

—¿Por qué amenazaste a Joan?

—¿Yo...? ¿De qué me hablas...?

—Claro, tú no sabes nada de la muerte de Mark Hardin ni de las llamadas telefónicas a Joan.

Joan estaba untando una tostada con mantequilla.

—Tío, quiero proponerte un plan que va a terminar con esta situación.

—¿Qué plan...?

—Renunciaré absolutamente a mi herencia a cambio de cincuenta mil libras.

—¿Cómo?

—No estoy loco, tío. Me das cincuenta mil libras y puedes nombrar heredera de mi parte a la persona que lo desees.

—Entiendo. Te ves perdido y ahora te conformas con migajas.

—Puedes llamarlo así, si gustas. No quiero discutir contigo.

—De modo que huirás. —Digamos que viajaré.

—No creo que la policía te lo permita.

—Querido tío, estamos en Inglaterra, un país donde, por fortuna, no se condena a nadie sin pruebas. Y no hay ninguna que me acuse de la muerte de Mark Hardin. Sólo existen indicios y ya sabes que eso no sirve... Se hará una investigación y hasta es posible que me lleven ante un tribunal, pero tengo sentido común y sé que cualquier abogado criminalista, me sacará sin mucho esfuerzo.

—Quieres el dinero para pagar a ese abogado...

—Dije cualquier abogado criminalista, con lo cual di a entender que elegiré a uno del montón, porque no hará falta que sea muy renombrado. Creo que con quinientas libras, podré pagar bien sus honorarios. Eso me dejarán libres cuarenta y nueve mil quinientas libras, mi única parte en la herencia de mi amado tío Jonathan Feeney.

—La respuesta es no.

—Tío, tú siempre has sabido hacer un buen negocio, y creo que éste es excelente para ti... Tú crees que yo he intentado asesinarte. Si me das ese dinero y me desheredas, ya no tendré ningún motivo para quitarte de en medio... ¿Ves qué sencillo, tío? Pura lógica.

—No, Francis, no lo haré.

—¿Y Puedo saber la causa de tu negativa?

—Es muy sencilla. Quiero que cada miembro de mi familia herede la parte legal de la herencia que le corresponde.

—La renuncia también es legal.

—Sí, desde luego. Pero aquí se impone sólo mi criterio. Si no hubiese sido así todos vosotros estaríais arruinados, mi hermano William, Thelma y tú. Yo he cuidado de mis bienes, y seguiré haciéndolo. Os lo pasaré limpios... Luego, podéis hacer lo que queráis.

Seguirás siendo mi heredero.

Francis dio un mordisco a la tostada. Se chupó un dedo y dijo:

—Tío, te voy a dar una sorpresa.

—Ya sé. Vas a bajar a veinticinco mil libras.

—No tío, voy a bajar más. A cero...

—¿Qué quieres decir?

—Lo que supones. Se acabó la herencia de Jonathan Feeney.

—¿Qué...?

—No quiero heredar un solo centavo tuyo. Y eso también la ley me lo permite.

—Ya veremos si lo mantienes cuando yo muera.

—Lo voy a mantener, porque haré una declaración oficial en el correspondiente departamento. Naturalmente, recibirás un oficio debidamente sellado y también lo recibirá tu abogado.

—¡Tu actitud es la de un niño!

—Ahora ya no tengo por qué silenciar para qué quería las cincuenta mil libras, oh, perdón, las cuarenta y nueve mil quinientas. Era para enviarlas a un hospital de la India. Decidí que ahora valía la pena que yo renunciase a tus famosos millones. Pero, dado que ese hospital está necesitado actualmente de ese dinero y no se lo puedo enviar, no quiero un centavo de los millones que tú me puedas legar dentro de unos años.

—Voy a suponer que estás diciendo la verdad y que no tratas de enternecerme.

¿Cómo vas a salir de tus apuros?

—Aceptaré un empleo que me ofrecieron en África. Me pagarán honorablemente.

En aquel momento entró en la terraza William, que venía acompañado por Marianne Olbert y Thelma.

Cambiaron saludos y Jonathan dijo:

—William, tu sobrino Francis va a renunciar oficialmente a su parte de mi herencia.

William arrugó el ceño.

—¿Ha sido acusado ya por la policía?

—Según Francis, su actitud no tiene nada que ver con la policía. Ahora resulta que nuestro sobrino es un filántropo...

—Todos los días se lleva sorpresas uno —sonrió William.

Francis dejó de prestar atención a aquel diálogo. Encendió un cigarrillo y se fue al fondo de la terraza.

Joan fue tras él.

Se detuvo a su espalda.

—Francis, yo le creo.

El se volvió y miróla a los ojos.

—Me cree hasta que pasen cinco minutos. Es lo que ha estado haciendo hasta ahora.

—Tiene razón... He sido una tonta, pero debe comprender que yo estaba sumida en un mar de confusiones.

—No se disculpe. Ahora el tonto he sido yo. Cualquier persona en su lugar, habría dudado como usted...

El criado llamado Bertol entró en la terraza.

—Señorita Mathison —dijo—. Johnny Bell, de Londres, desea hablar con usted por el teléfono de la biblioteca.

Joan sintió un escalofrío.

Kerrighan había descubierto algo con respecto a la muerte de Mark Hardin.

## CAPÍTULO XIII

—¿Señor Kerrighan...? Soy Joan Mathison... —dijo por el micro.

—Señorita Mathison, ya sé quién fue la mujer que Mark amó y por cuya muerte, se marchó a Australia.

—¿Quién era?

—Lucille Garland.

—¿Quién es Lucille Garland?

—Sé muy poco de ella, sólo que murió el tres de setiembre del cuarenta y cinco.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Mi primo Mark dejó una cartera de documentos en mi caja fuerte. Me he creído en la obligación de abrirla. Naturalmente, no desearía que esto lo divulgase usted.

—Descuide.

—Encontré cuatro cartas de Lucille Garland. En ellas, esa mujer declara su amor apasionado por Mark. Me ha producido mucha tristeza su lectura. Al parecer, los dos se amaron con una gran intensidad.

—Pero, ¿por qué no se casaron?

—Usted acertó. Su intuición de mujer no la traicionó. Lucille Garland era una mujer casada.

—¿Tenía hijos Lucille Garland? —No.

—¿Qué me dice de su marido?

—Robert Garland también falleció.

—¿Cuándo?

—Hace tres años.

—¿Cómo supo eso?

—Después de encontrar las cartas, hice algunas llamadas telefónicas. El señor Garland era funcionario de Correos, murió de cáncer.

—Pero Lucille pudo divorciarse de su marido.

—Debió existir algún motivo para que no lo hiciese. Ya sabe, algunas veces las personas que se aman, han de sacrificarse.

—Sí, es cierto... Nos hemos quedado sin la plaza de asesino para el señor Garland... Si él hubiese estado vivo, podría haber intentado vengarse al regresar Mark Hardin de Australia.

—Tendrá que buscar a otro.

—Me temo que sí, señor Kerrighan...

—Después de hablarme usted anoche, me llamó el sargento Flynn. Tal como usted anticipó, sus sospechas recaen en Francis Whipper, y debo decirle que yo también opino como él...

—Está bien, señor Kerrighan —contestó Joan con voz muy débil, porque se sentía decepcionada—. Gracias por todo.

—No hay de qué, señorita Mathison. Siento mucho lo del primo Mark... Era un gran hombre...

—Le doy mi pésame, señor Kerrighan.

—Muchas gracias, señorita Mathison.

Quedó interrumpida la comunicación y Joan volvió a la terraza.

Jonathan estaba hablando con las dos mujeres y con su hermano.

Francis se había alejado más de ellos. Ahora estaba en el jardín, sentado en una silla extensible.

Joan bajó la escalera, acercándose a Francis.

El la miró a la cara.

—¿Qué le pasa...? ¿Le dieron malas noticias? —¿Por qué dice eso?—. Está pálida.

—Sí, fueron malas. Hablé con Tonny Kerrighan anoche y ahora me ha llamado.

—Creí que se llamaba Johnny Bell, su admirador.

—Es el nombre clave que acordamos para que nadie supiese que era él.

—¿Por qué hizo eso, Joan?

—Mark Hardin se refirió a que se había exiliado de Inglaterra por algún suceso desagradable y quise investigarlo.

—¿Qué fue ese suceso desagradable?

—Mark Hardin mantenía relaciones con una mujer casada. Ella se llamaba Lucille Garland. Su marido era un funcionario de Correos. También falleció.

Francis entornó los ojos.

—Ahora recuerdo que en cierta ocasión, allá en Australia, mientras esperábamos la llegada del alba para cazar en un lago, Mark Hardin me habló un poco de eso... Pero no hay coincidencia.

—¿A qué se refiere, Francis...?

—Mark me dijo que el marido de la mujer que él había querido, era un hombre muy importante.

—Quizá el señor Garland alcanzó un alto cargo en Correos.

—No creo que entonces Hardin se hubiese referido a él diciendo que era un hombre importante... Yo entendí que se trataba de un político o de alguien con una gran solvencia económica, un banquero, un hombre de negocios de la City, o algo así.

Guardaron silencio.

—Sólo hay un medio de saberlo —dijo Francis, levantándose y tomando a la joven por el brazo.

—¿A qué se refiere?

—Iré a Londres.

—No puede. Recuerde que la policía no le dejará marchar.

—Los burlaré.

—Si lo atrapan, creerán que huye.

—Haré todo lo posible para que no me atrapen. Hasta luego, Joan.

—Espere un momento, Francis.

—¿Qué quiere?

—Iré con usted a Londres.

—Oh, no, no puedo comprometerla a usted en esto.

—Ya estoy comprometida tanto o más que usted. Recuerde que el asesino me ha amenazado y anoche me dijo que si hoy no salía de esta casa, habría llegado mi última hora. ¿Lo entiende...? Quizá le podamos engañar, si cree que me voy realmente. —Sí, es verdad —. Francis sonrió. —Queda admitida en la aventura.

—¿Qué le decimos a los demás?

—Algo que sirva para ellos y para la policía.

—Ya lo tengo, Francis. Usted va al pueblo para hablar con el sargento Flynn.

—No está mal. ¿Y usted por qué viene conmigo?

—Simplemente, quiero contemplar el paisaje. —De acuerdo.

Viajaban en el convertible por la carretera que conducía a Londres.

La estratagema les había salido bien.

Horas más tarde, llegaban a la capital del Támesis.

Fueron a la Oficina Central de Correos, sección de personal.

Los recibió un hombre que debía estar muy cerca de la jubilación. Respondía al nombre de Martin Heflin.

—Quiero preguntarle acerca de uno de sus compañeros —dijo Francis—. Se trata de Robert Garland.

—Oh, sí, Garland... El y yo siempre nos llevamos bien... Fue uno de mis mejores jefes... Sentí mucho lo que le pasó... Fue una caída estúpida... Todos pensamos que se arreglaría lo de su pierna, pero ya lo ven... Aunque yo diría que hoy se encuentra mucho mejor...

—Sí, al fin se reunió con su mujer.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a la muerte de Garland.

—De la señora Garland, dirá.

—No, ahora hablaba de él.

—¿Muerto...? ¿Cuándo...?

—¿Cómo cuándo...? Hace tres años.

—Señor Whipper, no estamos hablando de la misma persona. Robert Garland se fracturó una pierna y, como quedó mal, le fue concedida la jubilación. Pero hoy se encuentra gozando de una buena salud... Estuvo hablando conmigo la semana pasada.

—Sí, creo que nos referíamos a distintos Garland.

—Al parecer, sólo hubo una coincidencia, la que los dos Garland enviudaron... Pero no recuerdo a otro Robert Garland en esta oficina central, al menos en los cincuenta años que yo llevo de servicio.

—¿Cómo se llama la mujer de su amigo Garland?

—Lucille.

Francis miró a Joan.

Los dos estaban ahora seguros de que estaban hablando del mismo hombre.

—¿Conoció usted a Lucille, señor Heflin? —preguntó la joven.

—Sí, desde luego.

—¿Cómo era...?

—No es que trate de manchar su memoria, pero era bastante fea... Delgada, con muy pocos encantos, y tenía un genio de mil

diablos. La verdad es que no sé qué vio en ella mi amigo Robert.

—Señor Heflin, ¿cuándo murió Lucille?

—Hace muchísimos años.

—¿Puede recordar cuántos?

—Espere... —Heflin se mojó los labios con la lengua y levantó los ojos al cielo raso—. Oh, sí, ahora lo recuerdo... Fue el año en que terminó la guerra, mil novecientos cuarenta y cinco.

—Hace veinte años —dijo Joan.

—Sí. Lo acabo de recordar porque Lucille, Robert y yo estuvimos celebrando la victoria con otros amigos. Lo pasamos muy bien, fue una gran fiesta.

—Gracias por todo, señor Heflin.

Los dos jóvenes salieron a la calle.

Se detuvieron.

—¿Por qué me mintió Kerrighan? —dijo Joan—. ¿Por qué me dijo que la mujer de la que Mark Hardin se había enamorado era Lucille Garland...? ¿Por qué mintió diciendo que Robert Garland había fallecido hace tres años de un cáncer?

—Son muchas preguntas.

—Pero tiene que haber una explicación.

—Claro que la hay.

—¿Cuál?

—Se me ocurre una idea... Preguntarle al propio Kerrighan.

—¿Tienen hora? —les preguntó una enfermera rubia de ojos soñadores.

—Señorita —le contestó Joan—. No venimos por un asunto profesional. Soy Joan Mathison. El señor Kerrighan ya me conoce. ¿Quiere avisarle de mi visita...? Se trata de algo relacionado con la muerte de su primo...

—Oh, sí, desde luego.

La enfermera desapareció en el gabinete del dentista.

Al poco salió, dejando la puerta abierta.

—Pueden pasar, el doctor los recibirá.

Anthony. Kerrighan resultó ser un hombre de unos cuarenta años, alto, de cabello entrecano, nariz aguileña. Defendía sus ojos con lentes de alta graduación. Se cubría con una bata blanca.

Levantóse tras de la mesa y tendió la mano a la joven.

—Celebro conocerla, señorita Mathison.

—Le presento a James Singer, mi prometido.

Los dos hombres cambiaron un saludo.

—¿En qué puedo servirla, señorita Mathison? —preguntó Kerrighan.

—Se trata de Robert Garland.

—¿Robert Garland...?

—Ya sabe, el funcionario de Correos, el marido de la mujer que su primo amó tanto.

—Oh, sí, desde luego.

—Robert Garland está vivo y usted dijo que falleció hace tres años de un cáncer.

Kerrighan parpadeó, pero reaccionó en seguida.

—Bueno, seguramente mi informante debió sufrir una confusión. Celebro mucho que el señor Garland esté vivo —se echó a reír—. Sería magnífico que pudiésemos resucitar a las personas con esa facilidad, ¿no le parece?

—Oh, sí —sonrió también Joan—. Imagino que Lucille Garland debió ser una mujer maravillosa, para que Mark Hardin sintiese por ella un amor tan profundo.

—Lo era, señorita Mathison... Naturalmente, me limito a repetir lo que me han dicho... Lucille era una mujer muy bella, esbelta, de piel sonrosada —los ojos de Kerrighan se perdieron en la pared—. Cuando sonreía se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

—¿A quién está describiendo, doctor? —preguntó Francis.

—A Lucille Garland, naturalmente.

—No. Lucille Garland no era así...

—¿Cómo?

—Lucille Garland era delgada, fea y estaba desprovista de esos encantos que usted describe.

—Vaya, parece que mi informante se lució bien —rió otra vez—. Tendré que pedirle, la mitad de los honorarios que le pagué...

—Nadie le tiene que devolver nada, porque usted no pagó nada a nadie.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Que usted ha mentado.

—¡Señor Singer...! ¿Cómo se atreve...?

—Debo decirle que mi nombre no es James Singer. Soy Francis Whipper.

## CAPÍTULO XIV

—¡Señor Whipper! —exclamó Anthony Kerrighan—. ¡Le ruego salga inmediatamente de aquí...! ¡Y llévase a su supuesta prometida!

—No vamos a marcharnos ninguno de los dos —contestó Francis.

—En tal caso, llamaré a la policía.

—No lo haga, señor Kerrighan.

—¿Cómo ha tenido la osadía de presentarse usted aquí, el asesino de mi primo...?

¡Ahora mismo llamaré a Scotland Yard!

Kerrighan alargó la mano para atrapar el auricular.

Francis se echó sobre la mesa y le soltó un puñetazo en la cara.

Las gafas de Kerrighan saltaron por el aire, y éste golpeó la cabeza contra el respaldo del sillón.

—¿Qué es lo que ha hecho? —chilló, asombrado.

Francis rodeó la mesa y lo atrapó por el cuello de la bata.

—Kerrighan, estoy dispuesto a aplastarle las narices.

—¡Esto es un atropello...!

—Usted mintió con respecto a su primo Mark.

—No mentí, me informaron mal...

—Claro, le informó mal la persona que lo compró a usted.

—¿Qué dice?

—Voy a contar hasta tres, Kerrighan, y luego mi puño se estrellará contra sus narices, a menos que antes me diga la verdad... ¡Uno, dos...!

—¡Espere!

—Hable.

—Sí, me pagaron...

—¿Cuánto?

—Dos mil libras.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe...?

—Me llamaron otra vez desde Townshire... Fue quince minutos después de hacerlo la señorita Mathison... Pensé que sería de nuevo ella para decirme algo que se le había olvidado... Era un hombre... Sufría de asma...

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Se presentó diciendo que era un amigo de Mark Hardin, pero que no podía dar su identidad... Sólo le preocupaba que el asesino de Mark recibiese su merecido... Dijo que el criminal era usted, señor Whipper... Yo debía colaborar con él para hacer justicia. Como compensación a mi trabajo, a primera hora, me mandaría dos mil libras...

—Entiendo, y su colaboración consistía en inventar algo relacionado con la supuesta mujer que Mark Hardin había amado.

—No, yo no tuve que inventar nada. El me dio toda la información con respecto a Lucille Garland y a su marido... Yo, en mi vida había oído hablar de esas personas... Bueno, sólo inventé una cosa. Lo de que Mark Hardin me había dejado una cartera con documentos... La señorita Mathison me había llamado y le había dicho que no sabía nada... Era una buena justificación para soltarle a ella la historia de los Garland. ¿Qué más le dijo el asmático?

—Me amenazó al final... Dijo que yo obtendría un premio si cooperaba, pero que si no lo hacía, me podría ocurrir algo muy grave... Bueno, ustedes pensarán que soy un cobarde. Pero no es eso. Yo pensé a pies juntillas que lo que me decía era cierto, y yo sólo quería que el asesino de Mark fuese castigado.

—¿Ha recibido las dos mil libras?

—No, todavía no... Ese hombre dijo que me las enviaría hoy con un mensajero.

—Será mejor que devuelva ese dinero o se verá en un compromiso, señor Kerrighan.

—Eh, oiga..., ¿es que va a contar la historia a la policía...?

—No lo haré si no hace falta. De todas formas, usted no debe temer nada. Aceptaremos su fábula basada en la buena fe de que sólo pretendía que el culpable sufriese el castigo.

—¡No debe dudar de eso!

—Volvamos a su primo Mark. ¿Qué hay de la mujer que amó?

—No sé nada.

—¿Está seguro de que no ha recordado un solo detalle que nos pudiese servir?

—En absoluto. Mark nunca me hizo confidente de sus secretos. La verdad es que entre él y yo no existía una amistad muy íntima... Teníamos distintos caracteres.

—Sí, señor Kerrighan, eso lo puedo asegurar... Vamos, Joan, ya nada hacemos aquí. Los dos jóvenes abandonaron el gabinete del dentista.

Salieron a la calle.

—Otra vez estamos como al principio —dijo Joan.

—No, creo que no. Este viaje ha servido de mucho. Hemos comprobado que lo de los Garland era una completa falsedad... Tengo hambre.

—Yo también.

Fueron a un restaurante y ocuparon una mesa del fondo.

Hicieron el pedido al camarero.

Para empezar, tomaron martinis y encendieron cigarrillos.

Los dos estaban muy pensativos.

—Francis, no he visto ningún asmático entre los hombres que hay en la casa de su tío William.

—Está claro que lo del asma, es un cuento... Además, es fácil de imitar. No necesita ser un gran actor el que haga el número...

—Sí, tienes razón —dijo la joven.

El camarero trajo los platos.

Se dispusieron a comer.

De pronto, Francis dio un respingo y atrapó a Joan por el brazo.

—Ya está...

—¿Qué es lo que está?

—Me ha cruzado por la mente algo que pasó cuando yo tenía seis o siete años...

Vamos, aprisa.

—Pero tenemos que almorzar —gimió Joan—. Tengo hambre...

—Ya almorzaremos en Tonshire y te prometo que será un almuerzo que no olvidarás en toda tu vida... —la tuteó él.

Francis tiró de la joven y la obligó a levantarse.

Sacó unos billetes que dejó, sobre la mesa. Luego, hizo mover a

Joan hacia la puerta.

Ella tuvo que correr para seguirlo.

Pero, ¿qué es lo que has recordado, Francis?

—Ya lo sabrás.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora...?

—Porque tengo que hacer una comprobación...

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En casa de mi tío William, en Tonshire...

¿Sabes que mi querido tío William es el notario de la familia...?

Bueno, quiero decir que lleva un diario. El nos dirá lo que necesito para completar la historia... Quizá necesite usar de la fuerza, porque el tío William nunca ha querido enseñar a nadie lo que escribe... Esta vez, no le van a valer de nada sus negativas o le retorceré el pescuezo.

Abandonaron la carretera principal por la que habían corrido desde Londres y se internaron por un camino secundario.

Sólo tenían que recorrer cinco millas para llegar a la casa.

Joan se había dormido.

Francis la miró sonriente.

De pronto ocurrió.

Un coche apareció por la izquierda.

Francis torció el volante para evitar el choque y su convertible se metió entre los árboles, produciendo chirridos.

Joan despertó dando gritos.

Whipper frenó antes de que el coche chocase contra un añoso tronco.

Soltó una maldición.

El auto que lo había obligado a salirse de la carretera estaba detrás.

Salió el hombre que lo conducía.

Era Bautista, y tenía una pistola en la mano Francis se preocupó de Joan.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿qué ha pasado?

—Mira a quién tenemos aquí y lo sabrás.

Bautista ya se había acercado al convertible.

—Bajen y no hagan tonterías.

—Eh, Bautista, no sabía que fuese cazador —dijo Joan—. ¿Qué

clase de piezas vino a cobrar aquí...?

—Un par de zorros.

—Que estupendo... ¿Me dará las pieles? Tengo ganas de enrollarme una de esa clase.

—Señor Whipper, le hago a usted responsable de lo que pase aquí... Les he ordenado que bajen.

—Vamos, Joan... Debemos obedecer. Tengo la impresión de que Bautista es un hombre que se pone nervioso cuando se encuentra en el bosque...

Los dos jóvenes descendieron.

Bautista tomó precauciones. Se retiró dos pasos para alejarse de Francis.

—Eh, oiga —dijo Joan—. ¿Quiere explicarme qué significa todo esto?

—Significa que van a morir.

—Pero, ¿por qué nos quiere matar?

Porque llegaron demasiado lejos. Pudieron estarse quietos, especialmente usted, señorita Mathison. ¿Por qué no tuvo en cuenta las amenazas?

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—¡Bautista, ha sido usted...! ¡Se lo dije a Jonathan Feeney! ¡Le dije que usted tenía que ser el asesino, el que intentaba asesinarle...! ¡No podía fallar!

El criado rió con sarcasmo.

Francis se apretó el puente de la nariz.

—Querida, siento mucho estropearle tus conclusiones.

—¿Qué quieres decir?

—Que Bautista no es el asesino.

—¿Quién es, entonces?

—Mi muy amado tío Jonathan Feeney.

—Oh, no. Eso es imposible... ¿Es que no ves a Bautista con la pistola?

—Bautista es sólo un criado, aunque en este caso ha llegado un poco lejos y se ha convertido en un cómplice de mi tío.

Joan frunció el ceño.

—¿Es cierto, Bautista?

En aquel momento les llegó una voz por la derecha.

—Sí, señorita Mathison, es verdad.

Los dos jóvenes volvieron la cabeza y vieron aparecer por entre los árboles a Jonathan Feeney.

—¡Usted! —exclamó Joan.

Jonathan se detuvo muy serio.

—Debisteis dejar las cosas como estaban... Yo sólo hice justicia. Maté a un canalla.

Joan parpadeó.

—Entonces..., Mark Hardin amaba a la mujer de usted...

—¡Cállese, señorita Mathison!

Fue Francis quien habló ahora.

—Sí, Joan, está claro. Recordé en el restaurante que tía Eunice, la mujer de Jonathan, murió cuando yo tenía seis o siete años. Sufrió un accidente de automóvil.

Eso debió ocurrir por el año 1945, cuando Mark se marchó a Australia... Quise comprobar eso en el diario de tío William, porque pensé que quizá el accidente de automóvil pudo ser otra cosa... ¿No es verdad, tío Jonathan...?

—Yo la maté.

—¿Que usted mató a su mujer?

—Me era infiel con Mark Hardin...

—¡No tenía ningún derecho a hacer eso!

—Cuando lo supe, juré que los mataría. Preparé el automóvil para los dos... Sabía que tenían que verse. Viajarían juntos hasta su nido. Los muy miserables... —Jonathan respiraba jadeante—. Pero algo debió ocurrir... Eunice se fue sola. Naturalmente, Mark se reuniría después con ella. Por eso sólo murió Eunice... Creí volverme loco. Ella estaba muerta y Mark Hardin vivo. Logré reaccionar semanas más tarde. Tenía que matar a Mark Hardin, hacerlo desaparecer del mapa... Pero ya se había marchado. El muy canalla había huido a Australia.

—Te equivocas, tío —dijo Francis—. Si Mark Hardin hubiese sabido que tú habías matado a tía Eunice, lo habría denunciado a la policía... Mark se marchó de aquí creyendo que ella había muerto en un accidente. Indudablemente, quería mucho a Eunice...

—¡Cállate!

—La amaba tanto, que no pudo resistir permanecer en los mismos lugares que había recorrido con ella. Fue la razón que lo impulsó a marcharse a Australia y no otra. Debiste renunciar a la

segunda parte de tu venganza.

—He vivido atormentado todos estos años con la idea de que Mark Hardin vivía. Había jurado matarle. Varias veces estuve tentado de ir hasta Australia, pero pensé que la policía me atraparía.

—Pudiste pagar a alguien para que lo hiciese.

—Sí, pero eso no habría colmado mi venganza. Quería matarlo yo, ¿lo oyes, Francis? Yo mismo tenía que matarle.

## CAPÍTULO XV

—Tío Jonathan —dijo Francis—. Estás enfermo...

—No lo estoy.

—Enfermo de la cabeza.

—¡No digas eso, maldita sea!

—Dile a Bautista que baje la pistola. Os entregaremos a la policía.

Jonathan lanzó una carcajada.

—¿Oyes eso, Bautista? Mi buen sobrino Francis quiere que la ley se cumpla, que la justicia resplandezca. ¿Es que no te das cuenta, estúpido, de que yo he sido el mejor juez?

—Sólo has sido un hombre astuto, aunque hayas cometido fallos.

—No cometí ningún fallo.

Joan intervino.

—Claro que los cometió.

—No se meta en esto, señorita Mathison.

—Tío —dijo Francis—. ¿Tú sabías que Mark Hardin pasaría el fin de semana en casa de tío William?

—Claro que lo sabía y también conocí el día exacto que tenía que desembarcar a su regreso a Australia... Desde hace veinte años suscribí un abono con una agencia de información. Supuestamente, me interesaban ciertos negocios de Australia. De esa forma, estaba al corriente de todo lo relacionado con Mark Hardin. Me informé de que liquidaba sus negocios e iba a volver. Por fin podría matarle.

—Y organizaste tu plan de los atentados contra ti mismo...

—Sí, la situación era muy buena. ¿Por qué creéis que os he dado el dinero con cuentagotas? ¿Por qué pensáis que os he mantenido herederos? De buena gana os hubiese quitado hasta el último centavo... Pero os necesitaba para cuando llegase el gran momento, teneros a mi lado. Teníais que merodear a mi alrededor pidiéndome

libras y más libras... Sin saberlo, vosotros estabais trabajando para mí... Sugerí a William que invitase a Mark Hardin a que pasase este fin de semana con nosotros, porque ya había llegado mi hora.

—Hay algo que no comprendo, Feeney —dijo Joan.

—¿Qué es lo que no comprende?

—¿Por qué me contrató a mí? Yo no le hacía ninguna falta.

—Yo puedo contestarte a eso —habló Francis—. Tú eres rubia platino, como la tía Eunice... Quizá Jonathan, en su mente enferma, quiso tener una imagen parecida a la de su mujer cuando se desembarazase de Mark Hardin.

Jonathan apretó los dientes.

—Sí, fue eso, Joan —exclamó—. Antes de que usted llégase, habían pasado por mi casa tres rubias platino... Las rechacé a todas. Necesitaba a alguien que fuese ingenua, bonita... Casi había perdido la esperanza, cuando se presentó usted... Y quiero que sepa una cosa... Créame, me sugestioné tanto con usted, que iba a pedirle que fuese mi mujer... También era una forma de dejar sin un centavo a mi hermano y a mis queridos sobrinos... Y usted lo ha estropeado todo... Usted fue la que impulsó a Francis a ir a Londres con su estúpida llamada a Kerrighan... Lo había preparado para que Francis fuese el culpable. Era el que mejor condiciones reunía... Por eso Bautista lo golpeó allá fuera y luego cortó el cable de la luz. Necesitaba el apagón para que, supuestamente, el asesino, se pudiera equivocar de víctima.

—Tío —dijo Francis—. Ya sólo nos falta saber cómo te las arreglaste para cambiar de habitación con Mark Hardin.

—Eso fue lo más sencillo. Esperé a encontrarme a solas con él. Le dije que en esta ocasión, William había cometido un error al darme aquella habitación, porque en ella había dormido muchas veces con Eunice... Con aquel nombre, Eunice, tuvo bastante. El muy canalla pensó que era el mejor cuarto para él, porque le recordaría a su amante.

Pero la recordó por muy poco tiempo... Eso os lo puedo asegurar.

Francis saltó sobre Bautista.

El criado disparó la pistola.

Pero, una fracción de segundo antes de que se produjese el disparo, Francis había atrapado la muñeca de Bautista,

arrastrándolo al suelo.

En aquel momento se oyó el motor de un auto.

—¡Mátalo, Bautista! —gritó Jonathan.

Francis y el criado forcejeaban porque el criado todavía continuaba en posesión de la pistola.

Joan tomó una piedra del suelo y corrió para ayudar a Francis.

Jonathan la atrapó por los brazos.

—No intervenga en esto, Joan... Todavía lo podemos arreglar. Todavía puede haber un futuro para usted y para mí... La haré mi esposa. Usted es Eunice. Lo es, estoy seguro. Yo no la maté. Ha vuelto a mí... Mi crimen fue perdonado... Yo la quería mucho... ¡Eunice, suelta esa piedra!

En aquel momento se oyó la voz del sargento Flynn:

—¡Quieto todo el mundo!

Francis había logrado quedar sobre Bautista y le pegó un tremendo puñetazo.

Bautista se relajó, quedando sin sentido.

Francis tomó la pistola y la arrojó a los pies del sargento Flynn.

Jonathan seguía sujetando a Joan por los brazos, la cual trataba de librarse de él.

—Eunice... Tienes que amarme otra vez... Has de olvidar a Mark Hardin... El ya está muerto... Yo lo maté, Eunice... Pero sólo quería conservarte para mí... Tú has vuelto, Eunice, porque me has perdonado...

—¡No soy Eunice! ¡Soy Joan Mathison! —gritó la joven, dando un fuerte tirón.

Jonathan se tambaleó y cayó de rodillas.

Su cara tenía ahora una expresión de locura.

—Eunice..., vendrás conmigo..., ¿verdad que vendrás?

El sargento Flynn se acercó a Jonathan Feeney y le puso una mano sobre su hombro.

—Claro que irá con usted, señor Feeney... Pero primero, usted y yo tenemos que ir a Tonshire. Ella vendrá más tarde...

—Sí, sargento... Si usted me promete que Eunice vendrá luego, iré con usted.

Uno de los agentes se había encargado de esposar a Bautista, que ya se estaba poniendo en pie.

Joan había ido al riachuelo que corría cerca de la casa de campo

de William Feeney.

Volverían a Londres en el primer tren. Estaba decidida.

Sí, ya no tenía ninguna duda de que se había enamorado de Francis Whipper. Y quizá había luchado por él para demostrar su inocencia.

Pero se apartaría de su lado sin que él lo supiese.

Según había oído, ahora que Jonathan Feeney sería recluido en un sanatorio para enfermos mentales, cada uno de los herederos recibiría sus cinco o seis millones de libras esterlinas.

Muy bien, trabajaría en Londres hasta reunir el dinero del pasaje y volver a la granja de tía Lois.

De pronto, unas manos la sujetaron por detrás.

Giró sobresaltada y entonces una boca se aplastó contra la suya.

Era Francis Whipper.

Tras unos segundos, ella echó la cabeza hacia atrás.

—Francis, ¿por qué haces esto?

—Porque te quiero...

—Entiendo —repuso ella, con rabia—. Me quieres como a las otras. Dos por semana. Unos días más y luego.

—No, Joan... Todos hemos aprendido mucho de lo que ha pasado aquí. Y yo más que nadie... Pero, de todas formas, aunque no hubiese pasado nada, el resultado habría sido el mismo. Te habría propuesto el matrimonio. Claro que, entonces, no tendríamos que haber ido a África a cazar fieras vivas...

Joan parpadeó. Tragó saliva. —He oído algo de matrimonio...—  
Ajá...

—¿Tú y... yo?

—Creo que aquí no hay nadie más.

—¡Francis...!

Se besaron otra vez, ahora poniendo ella el mayor entusiasmo.

—¿Sabes una cosa, Francis?

—¿Qué?

—Creo que nunca una rubia platino fue mejor pagada...

Y tras pronunciar esas palabras, volvió a besar al hombre que iba a ser su marido.



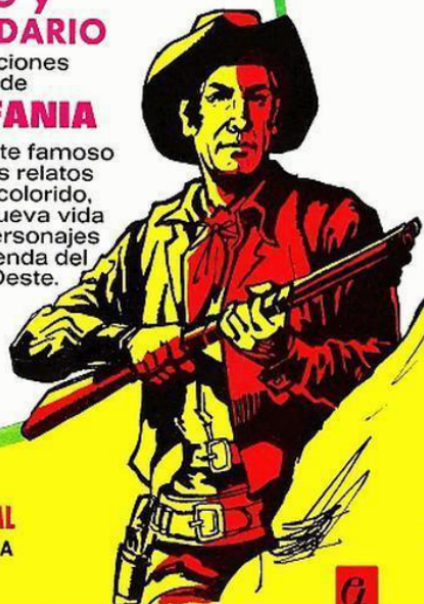
**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
ASEGURE LA RESERVA  
DE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.**

